

42.^a SESION ORDINARIA — SEPTIEMBRE 6 DE 1888

Presidencia del doctor PELLEGRINI

Ministro presente: de justicia, culto e instrucción pública.

Senadores presentes: Baltoré, Barros, Cambaceres, Dávila de la Silva, del Valle, Derqui, Febre, Funes, Gil, Mendoza, Navarro, Nongués, Oliva, Ortega, Paz, Pérez, Pizarro, Rodríguez (C. J.), Ruiz (H.), Ruiz (M.), Tello y Zapata.

Senadores ausentes, con licencia: Moyano, Ortiz, Rocha y Rodríguez (M. F.).

Senadores ausentes, con aviso: Baibiene y Gollán.

SUMARIO

- 1.—Asuntos entrados.
- 2.—Moción, aprobada, del señor senador Ruiz (M.) para tratar después del asunto en debate un proyecto de ley en revisión acordando un subsidio a un asilo de la provincia de Catamarca.
- 3.—Continúa la discusión del proyecto de ley reformando la legislación sobre el matrimonio.

—En Buenos Aires, a seis de Septiembre de mil ochocientos ochenta y ocho, reunidos en su sala de sesiones el señor presidente y los señores senadores arriba inscriptos, se abrió la sesión con inasistencia de los señores senadores Baibiene y Gollán, con aviso; y con licencia, Moyano, Ortiz, Rocha y Rodríguez (M. F.).

Leída y aprobada el acta de la anterior de 4 del corriente (41.^a ordinaria), se da cuenta de los siguientes asuntos entrados:

1

Comunicaciones oficiales

La Honorable Cámara de Diputados envía en revisión los siguientes proyectos de ley:

Acordando un subsidio de 10.000 pesos para terminar el Colegio de Huérfanos que se construye en Catamarca.

—Autorizando al Poder Ejecutivo para contratar con los señores Miguel I. Vucassovich y Compañía el establecimiento de una línea directa de navegación entre los puertos del Atlántico y Norte de Europa y los de la República Argentina. A la Comisión del Interior.

—La misma comunica haber sancionado definitivamente el proyecto, autorizando al Poder Ejecutivo para invertir hasta 640.000 pesos en la continuación de los trabajos para la concurrencia de la República a la Exposición de 1889 en París. Al archivo.

Peticiones particulares

Varios solicitan del Honorable Senado no preste su aprobación al proyecto de ley sobre matrimonio civil. Reservado en Secretaría.

2

Sr. Ruiz (M.). — Entre los asuntos entrados se encuentra uno venido en revisión de la otra Cámara, por el que se acuerda un subsidio de diez mil pesos para terminar un asilo de huérfanos en la provincia de Catamarca. Hago moción para que se trate una vez concluya la discusión del proyecto de ley de matrimonio civil.

—Apoyada esta moción, se vota y aprueba.

3

Sr. Presidente. — Continúa la discusión del proyecto sobre matrimonio civil.

Tiene la palabra el señor ministro de culto.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Señor presidente: entro contrariado a este debate, porque tengo por antagonistas dos senadores a quienes aprecio, distingo y respeto en alto grado. El señor senador por Córdoba doctor Funes, que fué mi maestro en derecho canónico y a cuyas sabias lecciones debo los pocos conocimientos que he adquirido en esa ciencia y las ideas liberales que aun conservo y profeso, habiendo muchas veces oído a mi antiguo maestro en las conversaciones familiares, con la amenidad anecdótica y ehispante que le es propia, sostener esta mismas ideas de libertad; enseñando siempre a quien quería oírle, que no confundiera la religión con el sacerdocio; y el señor senador por Santa Fe doctor Pizarro, por quien he tenido especial cariño y aprecio casi desde que era niño y quien, lo digo con placer y satisfacción, ha correspondido superabundantemente a este cariño con que yo siempre le he distinguido, sin perder ocasión de dar público testimonio de ello.

Sin embargo de esto, señor presidente, los deberes del puesto oficial que ocupó, y más que todo la convicción profunda que tengo de que el proyecto de ley sometido por el Poder Ejecutivo a la deliberación del Congreso, una vez convertido en ley promoverá el progreso de nuestro país; el profundo convencimiento que tengo, señor presidente, de que es santa y benéfica esta ley, me da fuerza para entrar a la lucha sin perder la esperanza de que el éxito me será favorable.

El señor senador por Santa Fe comenzó por hacer la apología de los pontífices; por sostener que debían ser independientes; por decir que en la actualidad eran viejos venerables completamente inermes; nos recordó también a Gregorio VII, acabando por decir que su ambición fué un error que ya pasó.

Señor presidente: como ni los papas ni la institución del papado están en discusión, puedo ser generoso con el señor senador, mi antiguo maestro, concediéndole cuanto quiera decir en favor de los papas, y esperando a mi vez, por amor a la verdad histórica, que no me negará que ha habido pontífices que han sido la vergüenza de la Iglesia y de la humanidad!

Las consideraciones que el señor senador hacía para demostrar que los pontífices deben ser independientes y que pueden tener el poder temporal, son ajenas a este lugar y acaso pudieran tener eficacia si los sometiera a la con-

sideración del rey de Italia que ocupa las posesiones pontificias.

Los papas, señor presidente, nunca han sido fuertes y temibles por sus cañones; fueron reyes de pueblos pequeños obtenidos por las concesiones de los príncipes; los papas han hecho temblar tronos y han tumbado tronos, no con los cañones, sino con los formidables rayos del Vaticano; esos rayos y esas armas que conservan en sus manos enflaquecidas y que han perdido todo su vigor gracias a la civilización del mundo, gracias también a que toda arma se embota cuando se esgrime demasiado.

Aunque las ambiciones de Gregorio VII y sus errores como pontífice sean hechos pasados, no por eso estamos privados de traerlos a juicio, de traerlos a nuestro estudio, porque precisamente el estudio de los hechos pasados es el estudio de la historia, que es nuestra maestra, que es el espejo inmenso donde se refleja la humanidad con sus vicios y sus virtudes, con sus grandes hechos y con sus grandes crímenes.

Señor presidente: el papado se encontraba en gran peligro, próximo, tal vez, a su ruina, cuando el célebre Hildebrando subió al solio pontificio con el nombre de Gregorio VII. El fué más rey, más político que pontífice y salvó al papado que, como decía, se encontraba en peligro, no por los herejes, no por los infieles, no por invasiones de bárbaros, sino por la espantosa soberbia de los obispos enriquecidos, omnipotentes, porque eran los consejeros, los ministros y los confesores de los reyes.

Dominados los obispos, Gregorio VII intentó dominar a los reyes y a los emperadores. Comenzó por inmiscuirse en las discusiones de Alemania. No atendido por el emperador Enrique IV, lo destituyó en nombre de Jesucristo y en nombre de Jesucristo lo declaró indigno de gobernar Alemania, y a sus súbditos los exoneró del juramento de prestarle obediencia que le tenían hecho. Y Enrique IV tuvo que ir a Roma a pedir perdón de rodillas al papa Gregorio VII, para poder continuar imperando en Alemania.

La lucha, señor presidente, continuó con éxitos varios. Unas veces luchando los papas con los reyes y emperadores y otras haciendo causa común con ellos, como sucedió con la creación de la inquisición.

Gregorio IX la creó y Fernando el Católico (*el católico*), la introdujo en España. Y cuando las hogueras de ese funesto tribunal adquirieron los horribles resplandores de las llamas, fué durante el reinado del adusto Felipe II, que

decía que si su hijo fuera hereje, él llevaría en sus hombros la leña para que lo quemaran; de ese rey, señor presidente, que tenía tanto amor a las llamas que devoraban a los hombres, que al gran palacio del Escorial le hizo dar la forma de la parrilla en que se asó a San Lorenzo!

Así se estableció y así se desarrolló la inquisición en España; parecía que querían quemar a medio mundo para despotizar a la otra mitad.

Pero es también indudable, señor presidente, que desde esa época comenzó a decaer de su importancia la casa de Austria, desde el reinado de Felipe II, hasta que esa rama, esa dinastía se acabó, para que volviese a tener importancia la corona de España, bajo el reinado del primer Borbón, Felipe V.

Continuaba así la lucha, señor presidente, hasta el pontificado de León X, papa artista, culto y elegante, pero durante cuyo gobierno era ya marcada claramente la decadencia del poder pontificio. Durante el pontificado de León X surgió la herejía de Lutero. León X poco caso le hacía a Lutero; al contrario, solazábase con los chistes de su agudo ingenio.

Su sucesor Clemente VII no quiso celebrar concilio, como lo hacían todos los pontífices cuando aparecían grandes dificultades; y no lo hizo porque temía que el concilio, como otras veces, se declarase superior al papa; y ante este temor, el concilio no se reunió sino después de su muerte, cuando le sucedió en el pontificado Paulo III.

Dejaremos, señor presidente, por el momento, esta historia de las luchas entre el poder temporal y la Iglesia, para renovarla luego cuando haga el estudio del célebre Concilio Trentino, para continuar contestando a los argumentos que hizo el señor senador por Córdoba.

Recordaba el señor senador por Córdoba que el Congreso de Paraná había sancionado tratados, triunfando el ministerio, sin deber triunfar; que esos tratados quedaron sin efecto y abrigaba la esperanza que igual suerte le cabría a esta ley, en el caso de ser sancionada.

El señor senador apenas insinuó cuáles eran esos tratados. Uno era con el Brasil, y si mis recuerdos no me son infieles, se obligaba el gobierno de la Confederación a tomar los negros esclavos que del Imperio se escapasen, a custodiarlos y a entregarlos cuando sus amos los reclamasen. Efectivamente, ese tratado era oprobioso.

Yo pertencí a aquel Congreso; lo combatí

con todo vigor, y si hubiera tenido cien mil votos, los hubiera dado en contra.

Según mis recuerdos, señor presidente, esos tratados se hicieron porque el gobierno de Paraná, del cual formó parte alguna vez el señor senador...

Sr. Funes. — Pero no en ese tiempo.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Por eso digo: alguna vez.

Sr. Funes. — Es bueno saberlo.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Porque hubieron promesas por parte del Brasil, y si no hubieron promesas, por lo menos hubieron esperanzas por parte del gobierno de Paraná, de obtener auxilios militares del gobierno imperial para sojuzgar y combatir a Buenos Aires.

Cuando el gobierno de Paraná se persuadió de que nada podía esperar en este sentido, no canjeó los tratados y por eso fueron ineficaces.

El otro tratado a que se ha referido el señor senador, es un tratado que creo, no estoy seguro, celebró el señor don José Buschenthal en representación del gobierno de Paraná, con Fernando, rey y tirano de Nápoles, que dió asilo al papa Pío IX, en Gaeta, no por simpatía hacia ese noble anciano, sino por captarse su gratitud y hacerlo servir a su política. Por ese tratado debía mandarnos el rey Fernando seis mil prisioneros políticos, que tenía pudriéndose en sus cárceles. Entre esos prisioneros había poetas, abogados, médicos, literatos, etcétera. Y era exacto también que ofreció hacerlos convoyar con buques de guerra de su reino, debiendo la Confederación pagar, en cambio de esto, dos millones de pesos a plazos cómodos y largos.

Señor presidente: yo era muy joven entonces. La indignación que me produjo semejante tratado, me dió fuerzas bastantes para ponerme al frente de la oposición.

El señor senador también pertenecía al Congreso de Paraná, y es probable que recuerde que yo interpele al ministro de relaciones exteriores con todo el vigor de mi alma y que llegué hasta decirle que me proponía acusarlo para que fuera separado de su puesto.

Esa Cámara era compuesta de argentinos. Todos sentíamos la humillación que para el país traería la presentación siquiera de semejantes tratados; y me parece, señor presidente, casi puedo asegurarlo, no llegaron a presentarse al Congreso.

Pero sea de esto lo que se quiera, señor presidente, yo me congratulo de que mi antiguo maestro, en la derrota que probablemente va a

sufrir, conserve siquiera la esperanza de que esta ley no tendrá eficacia.

Decía también el señor senador que este proyecto de ley no tiene razón de ser, que no es oportuno presentarlo, y sin embargo él acaba de presentar otro. Luego, es oportuno legislar sobre esta materia, y lo demuestro con la misma conducta observada por el señor senador. Si no fuera oportuno, él debió limitarse a impugnar el proyecto y negarle su voto y no presentar otro en substitución de éste.

Decía también el señor senador que este proyecto era ilógico, por cuanto siendo considerado el matrimonio como un simple contrato, lo declara indisoluble.

Yo podría responderle al señor senador, que su observación habría sido oportuna en la discusión en particular y que, según observo, las opiniones si no dominan, por lo menos se generalizan en el Senado, no le hubieran hecho mucha oposición para que él dé al proyecto la lógica que cree que le falta, pidiendo que se establezca el divorcio.

Nos decía también el señor senador algo sobre el Concilio de Trento, algo sobre el deber que tiene la Nación de sostener el culto católico; pero como estos argumentos han sido a su vez hechos y desenvueltos por el señor senador por Santa Fe, voy a contestarlos cuando conteste — lo que voy a hacer — a dicho señor senador.

El señor senador por Santa Fe ha hecho un discurso más bien de política, más bien de opositor, que de hombre convencido de las ideas religiosas que sostiene.

El señor senador comenzó por decir que casi podía dejarse sancionar esta ley, en la certidumbre de que no habría un tribunal argentino que, producido un caso judicial, la declarase con eficacia.

Yo me felicito, señor presidente, y debo felicitar a mi país, de que el señor senador haya abandonado el puesto que ocupaba en la Suprema Corte de Justicia, para desempeñar el puesto de senador de la Nación con el brillo y la elocuencia con que lo desempeña, para así evitar que esta ley tan progresista, que esta ley de libertad, que esta ley que hará honor a la patria, perdiese su eficacia, por no ser comprendida.

El señor senador decía que yo era el autor inmediato de este proyecto; que había sido una idea persistente en la mente del señor presidente de la República.

No comprendo, señor presidente, el alcance de esta frase; no sé si se ha querido decir que el señor presidente, como jefe del gabinete,

me ha impuesto sus opiniones; y si esa no ha sido la intención del señor senador, ha podido bien ser comprendida así.

Yo debo hacer la breve historia de cómo surgió la idea de elaborarse y presentarse al Congreso el proyecto que se discute.

La idea que domina este proyecto no es nueva en mí, señor presidente. Cuando la provincia de Santa Fe dictaba su ley de matrimonio civil, yo la manifesté en Córdoba a varios amigos y compañeros de profesión en la abogacía.

Más tarde, siendo ministro, tuve ocasión de recibir, no una, varias peticiones de individuos que decían que no podían casarse porque no tenían en el país ministros del culto que profesaban y le pedían al gobierno que facultase al jefe del registro civil para que él autorizase el matrimonio.

Corridas en vista estas solicitudes al señor procurador general, aconsejó al gobierno lo que era natural: que no podía accederse a estas solicitudes, puesto que el Código Civil sólo autorizaba el matrimonio religioso. Indicaba el señor procurador la conveniencia que habría en reformar esta parte del Código Civil.

A esto se agregaba que muchos extranjeros se casaban ante los cónsules de su nación, haciendo acto nulo de matrimonio; lo que dió hasta motivo para que el ministro de relaciones exteriores argentino interviniera en esto.

Hablando un día con el subsecretario de instrucción pública, el distinguido e inteligentísimo joven doctor Ojeda, le manifesté cuáles eran las ideas que en mi concepto, debían dominar en esta materia. El doctor Ojeda las aplaudió, y aun llegó a pedirme que formulase un proyecto. Probablemente esta conversación trascendió, y un día llegaba yo al despacho del señor presidente, donde estaban los demás ministros, cuando después de saludarme cariñosamente, me dijeron algunos de ellos: «Lo estamos a usted discutiendo»; y el señor ministro del interior agregó: «Y yo lo estoy aplaudiendo.»

No sabía a qué se referían; me lo explicaron. Con este motivo hablé con el señor presidente, le manifesté el alcance del proyecto, y me dijo: «Lo aplaudo y le autorizo para que formule un proyecto bajo las bases que indica».

He creído, señor presidente, deber hacer esta pequeña historia, para que no se sospeche siquiera que el señor presidente ha intentado imponer sus opiniones; él no es capaz de eso, ni como jefe de gabinete, ni como amigo personal: es demasiado noble para querer la humillación de sus amigos, y yo soy demasiado altivo para aceptar semejante imposición.

Decía también el señor senador, más que combatiendo la ley, haciendo oposición al gobierno, que había pasado el tiempo del honor nacional, que habían pasado los grandes congresos de la Nación.

Señor presidente: con dolor oí salir esta palabra de boca del honorable senador y mi distinguido amigo el doctor Pizarro, porque no es a un legislador, a un representante del pueblo argentino, a quien le corresponde decir que el tiempo del honor nacional ha pasado.

No, señor presidente. Yo pediría que se citase cuál es el acto que ha soportado ninguno de los gobiernos — el presente ni ninguno de los anteriores — que pueda importar una mancha para el honor nacional, ni qué argentino habría que lo hubiera tolerado.

Lejos de eso, hoy la Nación es más respetada que nunca. Todas las naciones civilizadas han acreditado sus ministros, sus representantes, a hombres distinguidos y revestidos del más alto carácter diplomático que se conoce.

¿Cómo es posible que hayan pasado los grandes parlamentos, los parlamentos de los hombres libres, cuando habla en este recinto el elocuente señor senador por Santa Fe, hombre de un talento y de una instrucción indiscutibles, hombre que usa de la libertad hasta el abuso, hombre que dice hasta lo que no le es permitido decir?

No puede, pues, alegarse que han pasado los parlamentos libres, que han pasado los parlamentos en que se escuchó el eco de la verdadera elocuencia.

Decía el señor senador que con la sanción de esta ley, se pretendía proyectar sombras, la noche, el crimen, sobre esta pobre y desgraciada patria.

¡Señor! Es un anacronismo verdadero clasificar de pobre y desgraciada una patria que se desarrolla como un gigante.

¿Por qué es pobre y desgraciada la Patria argentina?

Jamás, señor, ha sido más grande, jamás ha merecido con tanta verdad esta capital el título de Gran Capital del Sur, que en el momento en que estoy hablando, en que su población se ha triplicado en pocos años, en que su riqueza crece asombrosamente, en que sus hombres de letras se aumentan considerablemente.

¿Por qué es pobre y desgraciada esta patria que tiene escuelas hasta en el más pequeño pueblo de la República, y cuando la antorcha de la civilización no deja por alumbrar uno solo de sus rincones? ¿Por qué es pobre y desgraciada esta patria, que tiene puesta sobre sí la vista

de todos los hombres emprendedores, de los capitalistas europeos?

Por lo que hace a mí, señor, yo diría como el inglés: «Si no fuera argentino, desearía serlo». (*Aplausos*).

Decía también el señor senador, que este proyecto de ley era una planta exótica de imposible clasificación. Felizmente, la interrupción de la discusión me ha dado tiempo para mandar esta planta a que la clasifique el doctor Burmeister, y este sabio me ha respondido que pertenece a la familia del árbol de la libertad y que crece y se aclimata fácilmente en los pueblos civilizados. (*Aplausos*).

Por fin, el señor senador hacía un cargo al gobierno por haber enviado esta ley primero al Senado, al cuerpo conservador, y no a la Cámara de Diputados, Cámara de más movimiento, de vida más activa.

Yo pensaba, señor presidente, que el Senado agradecería esta deferencia del Poder Ejecutivo. En primer lugar, y en todo caso, el gobierno hubiera usado del derecho de mandar esta ley a cualquiera de las dos Cámaras. Y cuando se usa de un derecho, no hay nada digno de ser criticado. Pero, precisamente, por ser el Senado la Cámara conservadora, más resistente a todas estas innovaciones, ha querido el Poder Ejecutivo enviarlo primero a que se discutiera en el Senado, hasta para darle la ventaja de ser Cámara iniciadora, de que su sanción, con igual votación, prevalezca sobre la sanción de la Cámara de Diputados, más ligera, menos sesuda, diré así, para aceptar innovaciones.

Vea, señor presidente, que no he exagerado cuando he dicho que el señor senador por Santa Fe más bien había pronunciado un discurso político de oposición al gobierno, que un discurso que demuestre su convencimiento de que esta ley no sirve, no responde a ningún interés social.

Dice el señor senador que esta ley es una ley de fuerza, una ley de guerra, una ley de violencia, una ley marcial.

Francamente, señor presidente, no he podido comprender qué haya podido autorizar este juicio del señor senador.

Yo he creído y sigo creyéndolo, después de haber oído su opinión, que ésta es una ley de libertad, como espero demostrarlo en el curso de este debate.

Pero, señor presidente, si esta ley es una ley de opresión, al gobierno le queda un consuelo muy grande: tiene por cómplices suyos a todos los escritores distinguidos de la República. Todos los diarios de oposición, diarios que tienen su mirada fija en el gobierno, buscando empe-

ñosamente qué criticarle, qué no encontrar bien, nos han batido palmas, nos han aplaudido, y han saludado este proyecto como una ley benéfica y conveniente para el país.

Por eso, decía, debe felicitarle el gobierno de tener por cómplice a toda la prensa ilustrada de la República.

Por otra parte, señor presidente, ¿es o no cierto que la prensa sirve para representar, diremos así, la opinión pública?

¿Es o no cierto que allí se refleja la opinión y los intereses públicos? Indudablemente.

Toda la prensa, como he dicho, no ha aprobado solamente: ha aplaudido este proyecto de ley.

Pero, yendo más lejos, diremos también que el gobierno se propone buscar la complicidad del Congreso, de los representantes del pueblo, al pedir que sancionen este proyecto.

Yo creo que todos los señores diputados y senadores que voten por esta ley, votarán obedeciendo a los dictados de su conciencia, votarán con el convencimiento profundo de que sirven los verdaderos intereses de la patria.

De manera, pues, que si el Congreso vota esta ley, como espero que lo hará, será también cómplice de la tiranía, de la fuerza, de la violencia del Poder Ejecutivo para con este pueblo.

Esto no puede ser, esto no puede sostenerse.

No recuerdo, señor presidente, si el señor senador ha hecho algún otro argumento de la índole y naturaleza de los que me han estado ocupando: lo contestaría con mucho gusto.

El señor senador, que tan duramente clasifica este proyecto y se prepara a clasificarlo aun después de ser ley por sanción del Congreso, olvida que los que hacen leyes de fuerza son los concilios, esos concilios por los cuales el señor senador tiene tanto respeto. Ellos dicen: los que no crean esto, sean anatematizados; e irán a los infiernos.

Si estas no son leyes de fuerza, con bayonetas y fusiles, tienen en cambio una fuerza moral espantosa para la gente timorata y para la gente que no comprende que no está en manos de los hombres de un concilio enviar a nadie a los infiernos o al cielo; a esos lugares los destinará la Providencia según los actos de cada uno.

Decía también el señor senador que estas leyes habían nacido en Francia bajo el sable glorioso de Napoleón I y en la República Oriental bajo la tiranía de Santos. Pero el señor senador ha olvidado decir que la ley de matrimonio civil, dada bajo el gobierno de Santos, no ha sido revocada bajo el gobierno liberal del

general Tajés, quien se ha rodeado de los hombres más liberales y más ilustrados de la República Oriental.

La ley de matrimonio civil, que se dió bajo el imperio, aun existe en Francia y existió durante la monarquía restaurada, durante la república, durante la monarquía que le sucedió y subsiste hoy todavía.

El señor senador, si bien nos ha dicho que Napoleón era un déspota glorioso, no nos ha dicho que aun es más glorioso como codificador por el gran código que lleva su nombre; porque a Napoleón, lo bendice el mundo entero por ese código que dió, que vale mucho más que todos los triunfos del vencedor de Jena, Austerlitz y Marengo.

El señor senador ha olvidado decirnos, que en Chile, la nación sudamericana más bien gobernada desde tiempo atrás: nación republicana como la nuestra, que tiene instituciones libres, Chile tiene el matrimonio civil.

Y ha olvidado que Bélgica, el pueblo mejor gobernado del mundo, tiene el matrimonio civil, y que también lo tiene Alemania, Italia, y casi no hay pueblo civilizado en la tierra que no tenga esta institución.

Entonces, ¿qué vale el argumento de que el matrimonio civil nació durante el Imperio, en Francia, en la República Oriental bajo el gobierno de Santos?

Decía también el señor senador que este proyecto es contrario al dogma de Dios, a la existencia de Dios, al dogma de la democracia, al dogma de los hombres libres. ¿Y por qué?

El señor senador ha hecho multitud de afirmaciones en frases elocuentes, en frases admirables; pero, no ha demostrado una sola, no ha probado nada.

Yo he de demostrar, cuando exponga la estructura de la ley, que esta es una ley de libertad, que esta ley no es la negación de Dios; que, al contrario, consulta y ampara las libertades civiles y políticas del hombre.

Nos decía también el señor senador que este proyecto no responde a ninguno de los dos sistemas; ni al sistema espiritualista, ni al sistema positivista.

Esto no es un argumento.

El mismo indicaba a lo que podía responder: responde al sistema ecléctico, que en las ciencias, y, principalmente, en la medicina, está en boga.

Pero, vuelvo a decirlo, por no cansar a la Cámara con repeticiones, dejo muchos de los argumentos del señor senador sin acabar de

dilucidarlos, para tratarlos cuando me ocupe directamente del proyecto.

Decía, por fin, el señor senador, que esta ley vendría a realizar el matrimonio de los bosques, esto es, el matrimonio de las bestias en el silencio de las selvas, donde se aproxima el macho a la hembra, para obedecer a los instintos de la naturaleza.

Yo espero probar que el matrimonio sacramento ha estado mucho más cerca de ser el matrimonio de las bestias, que el matrimonio que establece la ley propuesta por el Poder Ejecutivo.

No quiero anticiparme, porque no quiero repetirme.

El señor senador, en la segunda sesión, antes del cuarto intermedio, ha repetido todos los argumentos que expuso con admirable elocuencia en la sesión anterior, y ha agregado muy poco en la parte de su oración, después del cuarto intermedio.

Comenzó por hacer este cargo: que la ley era premeditada. Señor: este es un elogio. La premeditación sólo es mala en los crímenes; sólo es malo matar con premeditación; pero, hacer leyes premeditadas, hacerlas con estudio, así, esto es santo, es como se debe hacer! De manera, pues, que este reproche del señor senador es un elogio al proyecto del gobierno, quien no presenta leyes impremeditadas; que las medita y las estudia, porque respeta al país y al Congreso mismo.

Porque la Comisión manifestó que no había consultado leyes extranjeras, el señor senador, incurriendo en una contradicción, le hacía estos cargos: ¿qué significa esto? Que, los hombres de estudio y los abogados van a inspirarse sólo en las nociones que la Comisión les dé y las que suministre el Poder Ejecutivo, cuando ellos han prescindido de las leyes de los pueblos sabios y civilizados. Y en seguida agregó: que todas esas leyes eran monstruosas, que esas leyes acababan hasta con la noción de Dios!

Y, si esto era así, ¿para qué había de estudiar la Comisión esas leyes?

El señor senador iba hasta establecer esta extraña teoría, o esta extraña definición: que la libertad es el deber: que hablaba, no porque fuera libre, no porque tuviera derecho de hablar, sino porque tenía el deber, porque era libre. En mi entender, señor presidente, la libertad es una facultad; es una facultad del alma, como el pensar, como el querer, como el tener memoria.

Ahora, las libertades regladas por la ley, toman allí sus nombres: libertad civil, libertad política, etcétera.

¡Pero, decir que la libertad es el deber, señor! Sería muy lindo ser esclavo, para no tener deberes, porque el deber siempre es pesado!

Continúa el señor senador por hacer argumentos con la Constitución, y, sin duda la parte más vigorosa de su oración ha sido ésta: la que se refiere a la Constitución. Espero, sin embargo, poderle contestar victoriosamente.

La Constitución no se opone absolutamente a la sanción del proyecto en discusión; lejos de oponerse, más tarde demostraré que la Constitución exige que se sancione este proyecto de ley.

Comenzó el señor senador por decir que el preámbulo de la Constitución, empezaba por estas palabras: «En nombre de Dios...» Invocando a Dios. Pero en ella no se invoca a la Santísima Trinidad, ni se invoca a Jesucristo, ni se invoca al Dios de Abraham; se invoca a Dios. ¿A qué Dios? A Dios, autor de lo creado, puesto que no se le designa.

¿Qué importancia puede tener esta invocación a Dios, esta invocación que todos los hombres, a cada momento, en mil situaciones de la vida, hacen? Absolutamente ninguna.

Pero, decía el señor senador: la Constitución establece que el gobierno costea el culto y que el presidente de la República es católico, apostólico y romano.

Pero esto, señor presidente, no importa otra cosa que una predilección a la iglesia católica; esto no importa decir que la religión católica es religión del Estado, y la Constitución hubiera sido contradictoria si lo hubiese dicho, porque no puede haber religión del Estado en un país en que su Constitución admite la libertad de conciencia, la libertad de cultos.

La cuestión de la mayoría es simplemente una cuestión de accidente, que no puede cambiar.

Dice la Constitución que el presidente será católico. Y es natural; porque, si el presidente no fuera católico, apostólico, romano, no cumpliría el precepto que la Constitución impone de sostener el culto católico, o lo cumpliría de mala gana, y ese hombre se encontraría en contradicción con su conciencia, con su deber constitucional, fomentando creencias en las cuales no cree. En esto no hay sino una admirable lógica constitucional.

Ha recordado también que los indios deben ser convertidos al catolicismo. Tampoco encuentro en esto un argumento serio y fuerte. Convertirlos al catolicismo, quiere decir convertirlos a la civilización, porque la religión cristiana es la religión más eminentemente civilizadora, y era lógico que la Constitución dijera

que se convertirían a esta rama de la religión cristiana, porque en la época en que ella se dictó era la de la gran mayoría, y porque era ese el culto que ella mandaba proteger.

Sin contradicciones, ella no puede decir: al protestantismo.

Por fin, el señor senador hacía argumentos hasta de un artículo de la Constitución, que evidentemente le perjudica. Decía que el Congreso tiene la facultad de autorizar el establecimiento de nuevas órdenes religiosas en el país. Pero, señor presidente, sin este artículo constitucional, se habrían podido establecer cuantas órdenes religiosas hubieran querido, porque no se puede hacer todo lo que la ley no prohíbe, y nos habríamos visto expuestos a que la República se convirtiera en un solo convento, como España o la ciudad de Roma; y, en previsión de eso, la Constitución ha dicho: no se pueden establecer más órdenes religiosas sin la venia del Congreso.

Entonces, ¿dónde está este precepto de la Constitución cuyo texto, cuyo espíritu nos prohíbe dar esta ley?

Nos dice el señor senador que el hermoso preámbulo de nuestra Constitución no significa lo mismo para nosotros y nuestros hijos, que para los hombres de la tierra, a los cuales invitamos a habitar bajo el amparo de la libertad. El señor senador hace argumentos de que primero dice para nosotros, para nuestros hijos, y después para todos los habitantes del globo que quieran vivir en la República bajo el amparo de la libertad.

De alguna manera se había de expresar la Constitución. Esa era la manera más natural de expresarlo; pero, esto no quiere decir que habrá menos libertad para aquellos a quienes engañábamos; que sólo nosotros hemos de vivir bajo el amparo de la libertad y ellos vivir medio amparados por la libertad.

Nos decía también, empujando la cuestión, que el Poder Ejecutivo ejerce el patronato, y que el patronato, honradamente interpretado, no significa más que protección y amparo.

No es esa, señor presidente, la idea que yo tengo, y, si fuera exacta la proposición del señor senador, resultaría que los pontifices no interpretan honradamente el patronato, puesto que lo resisten: si significara amparo y protección, no lo resistirían. Porque no podemos suponer que ellos no quieran el amparo y protección del poder civil: la han buscado en todos los siglos. El patronato común confiere al patrono un derecho honroso, un derecho honorífico, un derecho útil, que me abstengo de entrar a detallar, porque el señor senador es

demasiado fuerte en la materia. El alto patronato está así legislado en las Leyes de Indias, y es cosa aun muy diferente.

El señor senador nos ha dicho que los pocos hombres que hay en la República, que no son católicos, o que no son protestantes, no deben ser tenidos en cuenta; que los inmigrantes, los más, pertenecen a comunidades cristianas.

Pero, señor presidente, esto dice un señor senador que se precia de pertenecer a la escuela espiritualista.

Yo, que pertenezco a ella, que no acepto el cargo de no pertenecer, no cuento los hombres como a ganado para juzgar de sus derechos.

Yo no he presentado esta ley para amparar a un italiano, a un belga, a un alemán que no pueden casarse.

El Poder Ejecutivo ha presentado esta ley para practicar las libertades de la Constitución, para que su hermoso preámbulo sea una verdad, y para que no haya un solo argentino o un solo extranjero cobijado en nuestro hermoso suelo que esté fuera de la ley. (*Aplausos*).

La misma iglesia católica, señor presidente, declara expresamente que, ni para salvar al mundo de un cataclismo que lo desquicie, es permitido cometer el menor pecado, es permitido violar el menor de los derechos de sus semejantes.

¡No se trata de un hombre; se trata de un derecho! ¡Y esta es la doctrina de la Iglesia católica!

Y la doctrina, en honor de la Nación, es correr a la guerra cuando se ha violado el derecho de uno solo de sus ciudadanos; es el matar millares de hombres, para lavar con la sangre del enemigo la afrenta hecha al honor de la Nación, y gastar enormes sumas de dinero. ¡Y se trata de uno solo; pero no del hombre, sino del derecho de ese hombre!

Entonces, pues, ¿quién es más espiritualista? ¿El que cuenta los hombres, para graduar sus derechos, o despreciarlos si son pocos, o aquel que no los cuenta, y no ve sino el derecho, el derecho de uno, como el derecho de veinte mil?

Creo, pues, que yo soy más espiritualista.

Descaría equivocarme, pero he creído ver también en el señor senador cierto desprecio a los inmigrantes, o al menos, que les hace poco honor y justicia; y un senador de la provincia de Santa Fe es el que menos derecho tiene de pronunciarse en ese sentido.

Santa Fe, toda su grandeza la debe a sus inmigrantes. Yo, hombre ya hecho, he alcanzado a vivir en Santa Fe cuando los salvajes cautivaban los cristianos a media legua de la

capilla de Guadalupe. Ya no existen. Hoy allí, donde se sentía el alarido del salvaje, se oye el silbido de la locomotora, el arado surca la tierra, las líneas férreas se extienden con profusión, y Santa Fe es el primer pueblo agrícola de la República. ¿Gracias a quién? A esos inmigrantes, señor presidente; a esos inmigrantes que nos traen en su seno gérmenes de riqueza, gérmenes de grandeza; a esos inmigrantes, que han hecho la grandeza de Estados Unidos, y que debemos recibirlos con dignidad y decoro para la Nación, abriéndoles las puertas de la República de par en par. (*Movimiento de aprobación en la barra*).

Señor presidente: voy a hacer la historia de lo que ha sido el matrimonio desde Adán a nuestros días, pero con la mayor brevedad posible; y solamente para que nos demos cuenta de lo que estamos discutiendo. (*Sensación en la barra*).

Adán, señor presidente, fué unido a Eva, al parecer por el mismo Dios. El les dijo: «Creced y multiplicaos y llenad la tierra».

Les da, pues, esta sola y única misión en las palabras que pronunció.

Tenemos aquí bien claro y definido el matrimonio natural.

¿Por qué lo hizo así Dios? No lo sé. Acaso porque no había familia, porque no había sociedad que reglamentar; pero, es el caso que no fué Dios sino Adán quien dijo: «Dejarás a tu padre y a tu madre y te unirás a tu mujer, y seréis dos en una sola carne».

De paso diré que Adán no hacía gran hazaña en esto, porque no tenía padre ni madre que dejar. (*Risas*).

Pero lo que ya no es risible, lo que ya no es cómico, lo que ya es trágico, es esto: que de ese matrimonio hecho por el mismo Dios y bendecido por el mismo Dios, surgió el primer asesino, el primer hombre que se tiñó con sangre de su hermano: Caín, que mató a Abel. ¿Por qué esto? No lo sé; no lo comprendo tampoco.

Pero sé esto más. ¿Qué diremos de este primer período de la Creación? Nació esta raza humana que hizo decir a Dios: «Me arrepiento de haber hecho al hombre». ¡Tan inmoral, tan malo, y tan perverso era!

Y Dios los castigó con el Diluvio, y sólo salvó a Noé con su esposa, para que la tierra se repoblara y la nueva generación fuera más noble, más buena por el tremendo castigo que recibiera.

Noé tuvo tres hijos Sem, Cam y Jafet, que fueron a poblar uno el Africa, otro el Asia y el otro Europa. La historia nos deja en blanco quién pobló la Oceanía: no sé si fué porque

Noé no tuvo cinco hijos, o, si los tuvo, porque no se conocía esta parte del mundo. (*Risas*).

Bien, señor presidente: ¿cómo se celebraban en aquella época los matrimonios?

No había regla fija. Cada país tenía sus costumbres. Los romanos creían que era un contrato real, porque se perfeccionaba por la entrega de la mujer; otros pueblos pensaban que la tradición era recíproca. En los pueblos asirios, en ciertas épocas del año, sacaban todas las muchachas casaderas a lugares públicos y allí se ponían a disposición de los que pretendían casarse, y las bonitas eran pujadas; el que daba más se quedaba con ellas; y esa plata se guardaba para dotar a las feas; de manera que se casaban todas. (*Risas*).

Sería no acabar, señor presidente, si me pusiera a enumerar todas las formas del casamiento a observarse. Pero, vengamos al pueblo elegido de Dios, al pueblo santo, al pueblo de los patriarcas; al pueblo donde nació el historiador y el legislador Moisés. ¿Cómo se casaban, señor presidente? Comprando las mujeres.

El señor senador por Santa Fe nos decía que esta ley nos llevaría a comprar caricias, «a comprar caricias». Así se casaba el pueblo de Dios, comprando la mujer, comprándola por el trabajo. Así se casó Jacob, trabajando para Labán siete años por Raquel; pero a la noche le metieron gato por liebre, y pusieron a Lia, que era fea, en su cuarto. (*Risas*). Esta es la historia: le pusieron a Lia en su cuarto, que era fea, alegando que era costumbre que las mujeres se casaran por orden de edad. El pobre Jacob tuvo que tragársela, trabajando otros siete años por Raquel. Así se casó con ella.

Es conocida la historia de cómo el pueblo judío fué a Egipto. Los hermanos de José, hijos de Jacob, lo vendieron a unos mercaderes. Fué allí y Faraón tuvo los sueños que le fueron interpretados por José. La gratitud de Faraón y las recompensas de José fueron grandes. Los hermanos de José, mandados por el padre, fueron a buscar granos a Egipto, para salvarse de perecer, debido a la carestía que había en Judea. Fueron allí, allí creció el pueblo judío, y se multiplicaron enormemente.

Allí nació Moisés, caudillo de este pueblo, el mismo que lo sacó del Egipto para traerlo a la tierra de promisión, acaudillándolo.

Moisés, pues, descendió de esos matrimonios de mujeres compradas por trabajo.

¿Y quién era Moisés?

¿Quién fué Moisés? Moisés fué nada menos que el legislador y el historiador del pueblo judío.

Moisés fué el primer personaje de ese pueblo; el primer hombre del judaísmo — precursor del cristianismo —; entre los judíos han nacido los profetas, de entre ellos surgieron las patriarcas; están, pues, íntimamente enlazadas estas dos religiones.

Estos eran los hogares que la religión nos enseña que eran pura delicia, moralidad, contento y placer; hogares gratos a Dios, con el matrimonio enteramente natural.

Vengamos, señor presidente, a la era cristiana.

Jesucristo, dicen, elevó el matrimonio a la dignidad de sacramento. Acepto; no tengo duda yo tampoco, pero, ¿qué matrimonio elevó a la dignidad de sacramento?

El matrimonio que él encontró establecido en el mundo, no el matrimonio del Concilio de Trento, que legisló sobre ello mil y tantos años después. Fué el matrimonio que Jesucristo encontró en el mundo, aquel que elevó a sacramento.

Ahora, el matrimonio y el sacramento, dicen, son idénticamente lo mismo, ¿y por qué?

Pero, algo que se eleva, es distinguido por la altura a que se eleva, por la dignidad que se le da.

El sacramento es una cualidad del matrimonio; no es el matrimonio mismo, así como el bautismo de un niño no es el niño, sino una cualidad que hace al niño cristiano, de niño infiel que era.

El sacramento es, como he dicho, una cualidad del matrimonio, y no es lo que constituye el matrimonio.

La iglesia reconoce matrimonios válidos que no son sacramentos. Si los cónyuges se convirtiesen al catolicismo y revalidasen este matrimonio, sería válido, mejor dicho, sería sacramento.

Pero, ¿cómo definen el sacramento del matrimonio los canonistas? Dicen: *Est signum sensibile Gratiae, collectae, viri et mulieri legitimae consensu copullatio*. Es un signo sensible de gracia, dado al hombre y a la mujer, unidos por un legítimo y espontáneo consentimiento.

Entonces, si es un signo, como no es la cosa misma, no es el mismo matrimonio.

Tenemos más, señor presidente: hay matrimonios ilícitos, reconocidos por la iglesia como válidos; luego, si el matrimonio es un sacramento, hay sacramentos ilícitos. Esto no puede ser.

Si fuesen una misma e idéntica cosa, como la iglesia ha reformado el matrimonio, habría reformado el sacramento; pero, esto tampoco puede ser, porque resultaría que los legislado-

res de la iglesia le enmiendan la plana al mismo Dios.

Pero veamos, señor presidente, si es verdad lo que dije hace poco, que el matrimonio, no el actual, el que rigió antes del Concilio de Trento, puede ser clasificado de matrimonio de las selvas, con más razón que el matrimonio que se legisla en el proyecto que se discute en el Senado.

Esos matrimonios eran los clandestinos. Matrimonios clandestinos, según los cánones, eran los que se celebraban sin testigos, sin pedir el novio a la novia, sin proclama, sin más formalidades que el de expresarse recíprocamente su voluntad de casarse. Este matrimonio es tal matrimonio, según la Iglesia.

Y yo pregunto, señor presidente, si este matrimonio no está más cerca de poder ser llamado el matrimonio de las selvas, que el matrimonio que propone el Poder Ejecutivo a la deliberación del Congreso de la República. A este matrimonio, que se celebra firmando los dos contrayentes en el Registro Civil, delante de un oficial público, con dos testigos, ¿qué puede faltarle, señor presidente? ¿Qué formalidad puede faltarle para darle un carácter de autenticidad a este acto? Y, mientras tanto, véase lo que era este matrimonio sacramentado, este matrimonio que se dice indispensable para que el mundo no pierda su moral, para que no desaparezca la ley de Dios, para que se conserve la santidad.

Pero todavía hay más, señor presidente. La Iglesia reconoce los que se llaman matrimonios ocultos, matrimonios que se celebran delante de dos testigos de confianza y que no se asientan en los libros parroquiales; la partida se asienta en un libro que queda en la secretaría del obispo, cerrado y sellado, es decir, substraído a la mirada de la autoridad civil. Los hijos que nacen de esos matrimonios se inscriben también en otro libro con las mismas condiciones que el matrimonio, teniendo los cónyuges la obligación de inscribirlos treinta días después del nacimiento, y bautizarlos, so pena de la publicación del matrimonio.

Estos matrimonios, autorizados por la Iglesia son substraídos por completo, señor presidente, a la acción de la potestad civil, que no tiene medios de saber si estos hombres y estas mujeres son casados y si los hijos son legítimos.

Pero veamos ya lo que es este matrimonio legislado por el Concilio de Trento.

Es conocida, señor presidente, la historia de ese concilio, que duró muchos años por cues-

tiones entre los papas, los reyes y emperadores, hasta sobre el lugar donde debía residir.

Ese concilio, que fué convocado para combatir a Lutero y a Calvino, veamos cómo legislaba el matrimonio. Dice: el matrimonio se celebrará delante del cura y dos testigos aunque esos testigos sean completamente inhábiles.

El cura figura como testigo de crédito para la Iglesia; no figura como ministro de una religión: ni más ni menos que, como se deposita la fe pública en un escribano, la Iglesia depositaba la fe en un cura.

Tenemos que hechos insignificantes, deberes sin importancia, no se pueden comprobar con esos testigos y sí se pueden comprobar los actos más trascendentales de la vida.

El cura, el padre y la madre, hacen fe de que esa niña se ha casado con el caballero tal; y, mientras tanto, el padre y la madre de la novia no harían fe para probar que ese hombre debe a esa niña diez o veinte pesos, y son bastante caracterizados para probar que ese hombre se debe a esa mujer por toda su vida.

Esta es la legislación que nos da esos principios. Legislación confusa, legislación oscura, que ha dado margen a que se escriban volúmenes inmensos para buscarle claridad.

Hasta se ha discutido lo siguiente: si un cura, que no es sacerdote, puede autorizar un matrimonio.

Dice el concilio: «El matrimonio se celebrará delante del cura o de algún sacerdote que él comisione». Y se suscita después la cuestión de si el mismo cura ha de ser sacerdote; y se escriben sendos volúmenes, para saber si ha de ser sacerdote o no. Pero ha quedado resuelto que el que se comisiona ha de ser sacerdote.

Ahora tenemos esta otra anomalía: la fe pública es un depósito personal, que, por la ley civil, está confiada al escribano; y, por el sistema vigente del concilio, se autoriza a delegar este depósito de la fe pública en un clérigo. Es un testigo tan caracterizado para la Iglesia este cura, como un clérigo cualquiera.

Compárese, señor presidente, esta legislación con la obligación que establece este proyecto, que no deja la menor duda de que el acto se ha celebrado.

Podría hasta sospecharse, hasta dudar de si ciertos matrimonios celebrados en estas condiciones, pueden llegar a ser sacramentos. Por ejemplo, un cura que no es sacerdote — y lo supongo, porque puede no serlo: el señor doctor Castro, que fué presidente de la Cámara

de Apelaciones, fué cura — autoriza un matrimonio. No hay sacerdote, no hay acto suyo, no hay más que una audición contra la voluntad del que oye. ¿Habría sacramento?

A todas estas cosas nos conduce una legislación tan rara y tan oscura.

Se ha discutido también entre los canonistas, si un cura ciego puede celebrar un matrimonio, y han dicho que sí; si un cura sordo, podría celebrarlo, y han dicho que sí también; pero si fuera sordo y ciego a la vez, que no podría. (*Risas*).

Sobre esto se han llenado libros de cuestiones teológicas.

Por fin, señor presidente, vengo al matrimonio rato.

El matrimonio rato es el que no está consumado.

Los cánones facultan a los contrayentes para no consumar el matrimonio durante dos meses, para que durante este tiempo medite la mujer si quiere ser monja, y el hombre si quiere ser fraile.

Si el hombre quiere ser fraile entra al noviciado, y la mujer tiene que esperar el año de noviciado; si la mujer quiere ser monja, es el hombre el que tiene que esperar el año de noviciado; y, cuando ha fenecido el noviciado, los cánones les dan derecho para pedir o que se consume el matrimonio o hacerse fraile o monja, respectivamente.

Yo pregunto entonces: ¿dónde va a parar la individualidad del vínculo del matrimonio?

El vínculo ha estado contraído. Desde que el matrimonio se ha celebrado delante del cura y de los testigos, el sacramento está hecho. ¿Cómo es que se disuelve? ¿Cómo es esta preferencia que da la Iglesia a romper un vínculo que ella misma declara indisoluble e indesatado? ¿Cómo viene a primar sobre esta verdad de alta trascendencia moral y social, el deseo de tener muchas monjas y muchos frailes, porque no tiende a otra cosa esta legislación, que a fomentar el aumento de las monjas y de los frailes?

Y sino vendría esta otra pregunta: ¿cuándo se ha contraído el vínculo? ¿Al celebrarse el matrimonio o al consumarlo? ¿Es el acto carnal el que ha establecido el vínculo y el sacramento?

Por honor de la religión cristiana, digo que no es el hecho material lo que constituye el vínculo: esto sería un horror.

La Iglesia ha señalado, para ser hábiles para el casamiento, doce años en la mujer y catorce en el hombre.

Contra esta ley, protesta la naturaleza entera. Es imposible una ley universal respecto a la edad que habilita para el casamiento.

Los pueblos del Oriente nos presentan mujeres con hijos a los diez años, y los pueblos fríos del Norte mujeres que no son casaderas sino a los dieciocho años.

¿Cómo es, entonces, que la Iglesia establece como regla general que la mujer es púber a los doce años y el hombre a los catorce?

Ha legislado entonces contra la naturaleza, contra lo que ella nos dice y nos enseña.

Si la Iglesia fuese la encargada de legislar exclusivamente en el matrimonio, el poder civil estaría sometido a ella para poder saber que se han verificado estos actos que modifican el estado de las personas, estaría bajo su tutela. Y esto no puede ser.

El Estado tiene el derecho de poseer la constancia de estos actos en sus propios registros.

Más todavía, señor presidente: los obispos no pueden dar dispensas sin estar autorizados por el Papa. Esta autorización les viene temporalmente. De manera que, para que un primo se case con una prima, se necesita de la voluntad del pontífice, que vive a miles de leguas de estos países, apartado de ellos, dependiendo todo de él en absoluto. Esto no es posible que continúe así.

Se nos dice, señor presidente, que vendrá un cataclismo social; que la moral pública se acaba; que la disciplina de la familia se relaja si no se sigue ciegamente esa legislación; y ya he dicho cuál es esa legislación.

Pero, ¿cómo es que hasta hoy estos grandes cataclismos sociales y morales no han sucedido en el mundo, que ha vivido bajo el imperio del casamiento no sacramentado durante miles de años? ¿Cómo es que ahora mismo no sucede esto con mil millones de hombres, que no viven bajo el imperio de esa ley, y sólo viven doscientos millones?

No es posible que sea indispensable el matrimonio canónico, el matrimonio legislado por el Concilio de Trento, para que la moral pública subsista, para que tengamos nociones de Dios, puesto que Dios ha sido conocido mucho tiempo antes de haber nacido esta ley.

Sr. Pérez. — Puede ser que el señor ministro se encuentre fatigado. Podríamos pasar a cuarto intermedio.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — No, señor; no estoy cansado. Voy a terminar. La Iglesia, señor presidente, vino a dar ley sobre matrimonio mucho tiempo después de haber elevado el matrimonio a sacramento.

La Iglesia ha legislado, no porque tenga el poder de hacerlo, sino porque es una de tantas usurpaciones al poder civil.

En el mismo Concilio de Trento se legisló sobre diezmos; se legisló condenando al anatema a los que impusieran contribuciones a los clérigos; se legisló, por fin, sobre el fuero eclesiástico, condenando al anatema y a la excomunión al que demande un clérigo ante la justicia civil, aunque este clérigo haya injuriado, haya cometido graves faltas.

Sin embargo, señor presidente, ¿quién sostiene ahora que la Iglesia tiene el poder de establecer diezmos, contribución exorbitante y sin nombre, porque se pagaba del producido bruto de los productos rurales; de tal manera que, si a un hacendado le nacían cien terneros, tenía que dar diez de ellos, aunque se le murieran 500 vacas, y tenían todavía que cuidar esos terneros y ser a su riesgo si se murieran, hasta que estuvieran en condiciones de ser entregados al que los cobraba? ¿Quién duda hoy que la Iglesia no puede legislar sobre diezmos? ¿Quién duda hoy que el Estado tiene perfecto derecho para imponer contribuciones a los sacerdotes, en su carácter de ciudadanos, puesto que no es sólo en beneficio de nosotros que se distribuyen los servicios públicos? ¿Quién duda ahora que no existe, que no puede existir el fuero eclesiástico, que no puede existir más que el fuero de causa, conquista que es debida a la civilización y a los adelantos de la ciencia jurídica?

Sin embargo, señor, todos hemos contribuido a esto, y yo creo que ninguno se considera excomulgado, ninguno se cree anatematizado.

Pasa lo mismo con el matrimonio. Se legisló, como he demostrado, imperfectamente, no como lo estamos legislando nosotros; y sostengo que eso era por una de tantas usurpaciones.

Es sabido, señor presidente, que todos creemos en Dios, en un ser supremo de quien algo esperamos y algo tememos, y como los sacerdotes se colocan entre este ser desconocido y el pueblo, ellos mismos nos hacen comprender que son intermediarios entre el pueblo y ese ser del cual se espera o teme algo.

He ahí explicada la influencia de los sacerdotes de todas las creencias, no sólo la de los sacerdotes de la iglesia cristiana.

Ahora, los sacerdotes cristianos han sido evidentemente, en tiempos anteriores, los más sabios, los más ilustrados. Fué en los conventos que se salvaron los restos de la civilización antigua. Eran ellos, hombres desocupados, porque vivían en la mendicidad, los que tenían más tiempo de estudiar; y en una época de

guerra, en que todo el mundo vivía sobre las armas, ellos estaban en su convento — porque no tenían servicio militar — sin preocuparse de las necesidades de la vida. Eso, agregado a que conservaron los restos de la civilización antigua, hizo que fueran los más sabios, los más ilustrados, y, de consiguiente, los hombres que dominaban.

En los primeros tiempos del cristianismo, cuando esta religión divina se ostentaba en toda su pureza; cuando todavía no la habían rodeado de las innumerables patrañas de que ahora se ve rodeada; cuando era una verdad lo que decía Jesucristo: «Id, y predicad la civilización y el Evangelio por el orbe»; mientras que en épocas posteriores se decía: «El que no crea, a la hoguera de la Inquisición»! Cuando reinaban las primeras virtudes; cuando los discípulos de Jesucristo eran verdaderos; discípulos suyos, entonces todo el mundo confiaba en ellos para hacerlos jueces y los nombraba árbitros en todas las cuestiones.

Posteriormente, cuando comenzó a no reinar este espíritu elevado de la religión, cuando comenzó a contaminarse el clero con un espíritu más mundano, con un espíritu de ambición y de prepotencia, comenzaron los avances, y así sucesivamente la Iglesia se ha ido abrogando la facultad de legislar, de juzgar, so pretexto de que el matrimonio es un sacramento.

Y, ¿por qué no decirlo también: que la legislación del matrimonio no es, al menos, de exclusiva competencia de la Iglesia?

El señor senador por Córdoba nos decía que el matrimonio «en cuanto es oficio de la naturaleza, está reglado por derecho natural; en cuanto es oficio de la comunidad, está reglado por la sociedad; y, en cuanto es sacramento, está reglado por derecho divino».

Es decir que el mismo santo Tomás, le da este triple carácter al matrimonio, y la Iglesia engloba todos estos derechos y hace uno, que ya no es derecho divino, sino eclesiástico, puesto que es legislación de la Iglesia.

Tenemos también, señor presidente, que la Iglesia ha legislado sobre esponsales; ha resuelto que niños de siete años podían comprometerse a casarse, y que quedan obligados, que no pueden rescindir los esponsales mientras no lleguen a la pubertad.

De manera que de siete años han podido obligarse, y a los diez no pueden desobligarse. Más difícil es obligarse que desobligarse: más madura se tiene la razón a los once que a los siete años; mientras tanto, la Iglesia ordena que pueden contraerse esponsales a los siete

años, de cualquier manera, sin forma alguna, por la simple promesa.

Vino más tarde la legislación de la Recopilación y dijo: «No, señor, no hay esponsales sino por escritura pública». Y la Iglesia tuvo que aceptar que no había esponsales sino bajo esta forma. Y ha venido el código argentino y ha dicho, a pesar de lo que la Iglesia legislaba y juzgaba: «no hay esponsales de ningún modo»; y la Iglesia ha tenido que aceptar.

Pero, sobre todo, yo examino todas estas cosas a la luz de nuestras instituciones, para demostrar que es exacto lo que he afirmado: que la Iglesia legisla sobre el matrimonio por condescendencia del poder civil, nada más.

La Constitución nacional dice que las bulas y cánones de los concilios necesitan del pase que les otorga el presidente de la República, con acuerdo de la Suprema Corte de Justicia nacional, y dice que, cuando estatuye disposiciones permanentes, se necesita autorización del Congreso para otorgar el pase.

El Honorable Congreso reglamenta estas disposiciones constitucionales, y establece: «Comete delito contra la paz y dignidad de la Nación, el que promulga cánones de los concilios, bulas o breves de los papas, sin pase acordado por el Poder Ejecutivo, y el que tal haga sufrirá una pena de uno a cuatro años de destierro.»

Otro artículo de la misma ley dice: «Si alguien ejecutase estas bulas, estos cánones, estos breves, después que el Poder Ejecutivo les ha negado el pase, sufrirá la pena de 4 a 8 años de destierro.»

Entonces, las cánones, las bulas, los breves de los papas no pueden promulgarse en la República Argentina sin el consentimiento del presidente de la República, y, en su caso, del Congreso.

Tenemos en el mismo Concilio de Trento reconocida especialmente la doctrina de que los cánones de ese concilio no rigen donde no son promulgados.

Y va todavía más lejos el Concilio de Trento y dice: «Estas disposiciones respecto al matrimonio no regirán en ninguna parroquia cristiana sino treinta días después de haber sido promulgada en esa parroquia.»

Entonces, si los cánones no tienen eficacia, ni las bulas, ni los rescriptos, sin el pase del Poder Ejecutivo, resulta que depende de él, y en su caso del Congreso, que esas disposiciones tengan eficacia.

Parece difícil, señor presidente, que puedan contestarse estos argumentos.

Es también, señor presidente, reconocido por

la Iglesia que corresponde al poder civil entender en los juicios de disenso, es decir, en los juicios que den aptitud para casarse a los menores. ¿Aptitud para celebrar qué, si no fueran actos civiles? ¿Para celebrar actos de religión, como si dijéramos: corresponde a los jueces determinar la aptitud de un individuo para oír misa?

Nuestra legislación impone penas al sacerdote que casa menores sin la autorización de sus padres, o de las personas a cuyo cargo esté. ¿Es éste acto puramente religioso?

¿De dónde saca el poder civil la facultad de castigar al que lo celebra?

Entonces, todo esto nos está diciendo que no son actos religiosos, que son actos civiles.

Vengamos ahora, señor presidente, directamente a demostrar la facultad del Congreso de legislar en esta materia, la oportunidad y la necesidad de hacerlo.

Sr. Presidente. — Si el señor ministro así lo desea, podría continuar después de un cuarto intermedio.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Está bien.

Sr. Presidente. — Pasaremos a cuarto intermedio.

—Así se hace. Vuelto a sus asientos los señores senadores, dice el:

Sr. Presidente. — Continúa la sesión.

Sr. Pizarro. — Pido la palabra

Hago moción para que se declare libre el debate. Preveo que me será necesario refutar algunas observaciones del señor ministro y el reglamento no me lo permite, sin la resolución que propongo.

Pido, pues, a la Cámara que acepte mi indicación, declarando libre el debate.

—Apoyada suficientemente, se vota si se declara libre el debate y resulta afirmativa.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Continúo, señor presidente.

Voy a demostrar que el Estado tiene el poder de legislar el matrimonio.

En los países católicos o no católicos en donde el Concilio de Trento no se ha promulgado, los cánones de ese concilio no rigen ni están en vigencia; por consiguiente, si esos Estados no tuvieran el poder de legislar el matrimonio, el matrimonio quedaría sustraído a toda legislación.

Para venir a nuestro caso, me falta demostrar que aun en los pueblos católicos, en donde

se han promulgado, el Estado tiene el poder de legislar sobre esta materia.

Ante todo, comenzaré por decir que el Estado ha usado de esta facultad sin contradicción de nadie, con la aquiescencia silenciosa, por lo menos, de la Iglesia católica. En las leyes españolas, dadas por los reyes, que han merecido a la Santa Sede el dictado de reyes católicos, encontramos completamente legislado el matrimonio, comenzando por legislarse sobre los impedimentos, y, aun cuando esa legislación se acerca más o menos a la de la Iglesia, esta no será una razón para decir que por eso ella lo ha tolerado; porque una vez que el Estado tiene el poder de legislar sobre algo, él es el juez de cómo ha de legislar.

Cuando el Congreso discute leyes de aduana, el Congreso es el juez para dar la legislación aduanera que le parezca y para adoptar el sistema económico que juzgue más conveniente al país.

Así es que estos argumentos no tendrían valor ninguno.

El Congreso de la Nación Argentina ha legislado sobre el matrimonio en su Código Civil sin contradicción de la Iglesia Católica, por lo menos, con su silenciosa aquiescencia.

El Código Civil ha comenzado por anular legislaciones de los concilios.

Había dicho antes que los esponsales estaban legislados por cánones de la Iglesia católica; existían, producían obligaciones y los jueces en demanda de esponsales eran los jueces eclesiásticos, y el Código ha declarado que no hay esponsales al legislar sobre la materia, sobre la cual también ha legislado la Iglesia.

El matrimonio, señor presidente, es el acto más trascendental de la vida, es el acto constitutivo de la familia. De esta unión del hombre y de la mujer, que decide seguramente de su felicidad o de su desgracia en la tierra, nacen multitud de relaciones de familia, multitud de derechos civiles. Este acto crea entre el hombre y la mujer relaciones civiles que se hacen efectivas por los tribunales civiles; están legislados por las leyes civiles los deberes de la mujer para el marido, los deberes del marido para la mujer, los medios enteramente civiles de que los dos pueden valerse para hacer prácticas y ejecutivas estas obligaciones.

¿Cómo es posible que un acto tan trascendental, que un acto que constituye la familia base de toda sociedad, esté librada a los concilios, o a los papas, que pueden reformar los cánones de los concilios? Los papas, señor presidente, que, si son muy geógrafos y muy conocedores del viejo mundo, no conocen la Re-

pública Argentina. Así encontramos bulas de la erección del obispado de Tucumán, en que el Pontífice — no me acuerdo cuál — declaraba que Tucumán era una isla y que sus límites eran los de una isla. ¡Isla, la provincia más mediterránea de la República Argentina!

¿Con qué conocimientos, con qué criterio, con qué ciencia de nuestras costumbres y de nuestra vida social vendría a legislar esta materia?

Repito, señor presidente: el matrimonio es la base de la familia, da a la Nación los hijos, los futuros ciudadanos, los futuros presidentes de la República, los ministros, los senadores y los diputados, los jueces, etcétera, y ese acto no puede estar legislado sino por el Congreso de la patria a la que esos ciudadanos han de servir.

Sería contradictorio, señor presidente, decir que la Iglesia legisle el acto y que el Estado legisle todas las consecuencias de ese acto. Así la Iglesia sería la que determinaría qué hijos son legítimos, qué hijos son ilegítimos, y qué hijos son incestuosos y qué hijos no lo son. Hasta la clasificación de los ascendientes de los casados, que puede hasta traer trascendencia a su honor y a las consideraciones sociales, dependería de la Iglesia con prescindencia del Estado.

Este sería un error, señor presidente. La ley ha hecho del hogar un santuario; el juez, el representante de la justicia, no puede penetrar sino después de llenar formalidades que deje garantizado este santuario inviolable. ¿Y por qué, señor presidente, este santuario vendría a constituirlo el Pontífice y no lo ha de constituir la ley del país, que lo hace efectivo? ¿Qué razón hay para esto? Absolutamente ninguna, señor presidente.

El Código Civil ha legislado el matrimonio, y no obstante la ilustración del doctor Vélez Sársfield, no obstante su especial talento y su rara preparación en esta materia, no ha legislado con acierto, aun prescindiendo de la cuestión que estamos discutiendo.

El Código Civil dice: «Los impedimentos establecidos en los cánones de la Iglesia son impedimentos para el matrimonio de católicos; esos impedimentos pueden ser dispensados por la autoridad de la Iglesia, que es la competente para entender en estos asuntos.»

En seguida, el código no habla una palabra respecto de impedimentos para los casamientos de los que pertenecen a sectas disidentes, como ser los mahometanos o los de otras comuniones religiosas.

Recién en el capítulo «De la nulidad del matrimonio» encontramos un artículo que dice:

«Las causas de nulidad de los matrimonios celebrados ante la Iglesia católica son extensivas a los que se celebrasen sin autorización de ella, con la sola excepción de necesitar de la asistencia del párroco, siempre que el matrimonio hubiese sido bendecido por algún sacerdote de la comunión de los esposos.»

Venimos, pues, por inducción a encontrar que los impedimentos para los católicos son los impedimentos para los protestantes, para los judíos, para los mahometanos; en una palabra, para todos los que no son católicos.

Aquí se notan dos errores saltantes. Hay impedimentos que sólo son para los católicos, que no es posible que existan para los no católicos: tales son los impedimentos que vienen del parentesco espiritual. Estos impedimentos no rigen para los moros, porque no tienen este parentesco; no rigen para los judíos, porque tampoco tienen este parentesco; y, además, y esto es más grave, los católicos, que tienen impedimento para casarse, pueden obtener la dispensa, pues el código expresamente dice que la autoridad eclesiástica puede dispensar estos impedimentos dispensables, aunque dirimientes; mientras que, para los protestantes, para los judíos y para los demás que no pertenecen a esta religión, no hay quien les dispense estos mismos impedimentos.

Es claro que un mahometano no le va a pedir a la Iglesia católica que dispense el impedimento de ser primo de su novia para casarse, porque no tiene jurisdicción alguna sobre los mahometanos.

Resultará, según este código que tenemos, que es posible que el tío con la sobrina y el primo con la prima si son católicos pueden casarse, y si no son católicos, no; no hay quien les dispense de este impedimento.

No están, pues, los habitantes de la República Argentina, sujetos a una ley común sobre esto; están sujetos a una ley desigual.

Esto, señor presidente, demuestra la necesidad de reformar lo que el Código Civil ha legislado sobre matrimonio.

Pero hay todavía una necesidad más urgente, y es la de conformar estas leyes al texto e índice de la Constitución de la Nación. Toda ley que dicte el Congreso, debe estar inspirada en este gran libro; esa es la manera de poner la Constitución en acción, de ponerla en movimiento y hacer que produzca todos los benéficos resultados que los autores tuvieron en vista al sancionarla.

La Constitución dice: «Las acciones humanas que no ofendan la moral pública ni a tercero, quedan reservadas al juicio de Dios.»

Es imposible, señor presidente, establecer con más elocuencia la libertad de conciencia, esta libertad que tiene cada hombre de mantener sus relaciones con el Ser Supremo, como él crea, sin sujeción a regla, ni religión, ni leyes civiles del Congreso, ni potestad alguna.

La Constitución dice también: «Hay libertad de cultos; cada habitante de la República tiene libertad de profesar su culto.»

Si estamos, señor presidente, bajo el imperio de las leyes de la Iglesia, para el acto más trascendental de la vida, diré más, para un acto necesario, porque casarse, podemos decir con verdad, no es un acto voluntario, sino un acto al cual la naturaleza nos llama, que se substraer por completo a la voluntad de los hombres, no puede el Congreso fomentar las uniones ilegítimas; tiene que fomentar las legítimas y hacer que este impulso, que esta necesidad del organismo humano, se realice con sujeción a reglas fijas, para que la prole que nace sepa quiénes son sus padres, para que haya quien tenga obligación de educar a sus hijos.

¿Cómo se conseguirá este resultado, señor presidente, si dejamos el poder de legislar sólo a una iglesia? Y, si le cedemos a todas las iglesias ¿qué vendría a ser la ley de matrimonio, la más trascendental de todas? Cada iglesia, cada comunión religiosa tendría su ley.

La Constitución nacional, a diferencia de la de Estados Unidos, dice: «Vamos a asegurar la libertad para nosotros, para nuestros hijos, para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino.»

¿Qué llamamiento, señor presidente, a todas las fuerzas vitales que existen en otros países, a que vengan a esta tierra despoblada, desierta, a fertilizarla, a hacerla grande, a hacerla pueblo!

¿Y cómo cumplirá el Congreso esta promesa de la Constitución, si esos hombres que vienen al país le dicen: Yo quiero casarme, yo quiero ejercer este derecho, que es el primero de los derechos del hombre, acaso el más grande y sagrado, y no puedo casarme según mis creencias?

¿Abjurará sus creencias si es mahometano, metodista, anabaptista?

El Congreso tiene, señor presidente, el imperioso deber de hacer práctico este ofrecimiento de la Constitución, sancionando esta ley de matrimonio, que no viola ninguna conciencia, que está calculada para satisfacer las exigencias más antagónicas, y de las conciencias más escrupulosas.

Yo no sé cómo saldrá la sanción de esta ley

de las manos del Honorable Congreso; debo suponerlo tal como la ha presentado el Poder Ejecutivo.

El Poder Ejecutivo deja a la conciencia de cada uno hacer bendecir su unión con el sacerdote que sea de su creencia; a los católicos les deja hacer sacramento de su matrimonio, ir a su cura, hacer bendecir con ellos el sacramento; ni siquiera les exige que la inscripción la hagan previamente.

¿Dónde está entonces la violencia de la conciencia? ¿Dónde está este monstruo que va a tragar las relaciones de familia, que va a acabar con la moral pública, que va a acabar con la moral social, que va a borrar hasta la noción de la existencia de Dios? ¿Dónde está, digo, señor presidente?

Esta ley es la expresión genuina de esta santa libertad de conciencia, de esta libertad conquistada por la civilización, que hoy hace imposible que un hombre marche a la hoguera por no creer en Jesucristo! (*Aplausos*).

Yo creo, señor presidente, fatigado al Senado con una discusión tan prolongada. Acaba de declararse libre el debate y el señor senador por Santa Fe, doctor Pizarro, se apronta a tomar la palabra. Creo que es, pues, de mi deber, no ocupar más tiempo la atención de la Cámara, y termino esta exposición, manifestando al distinguido senador por Santa Fe doctor Pizarro, que se asocia a todas las derrotas que enumeró en la sesión anterior, que no tengo el placer de poderle decir: ¡honor al vencido!

He dicho.

Varios señores senadores. — ¡Muy bien, muy bien! (*Aplausos en la barra*).

Sr. Funes. — Pido la palabra.

He escuchado con mucho interés al señor ministro. Hace mucho tiempo que lo conozco, discípulo distinguido, he sabido apreciar su instrucción, y, francamente, extraño que con su talento elevado, no haya hecho impresión en mi ánimo y estemos tan disconformes en principios.

El señor ministro decía que una prueba de que no era inoportuno su proyecto, era la de haber yo presentado otro en substitución. Pero, señor presidente, el Senado conoce el proyecto del Poder Ejecutivo. Este proyecto tiene dos partes, como tiene dos párrafos el mensaje del señor presidente.

En uno dice: es necesario facilitar la realización del matrimonio a los que no tienen sacerdotes de su religión para casarse, a fin de que constituyan una familia legal. Perfectamente: hasta ahí estamos conformes. Pero, ve-

nir a imponer esa «libertad» a los otros, a los que no se la piden, en esto no podemos estar de acuerdo.

El señor ministro habló mucho de libertad, pero no se ha fijado en la dificultad que se le oponía. De ningún modo ha probado que daba libertad a los católicos. El señor ministro dice: libertad hasta para el último! Sí; yo pido lo mismo, hasta para el último individuo: que tenga libertad!

Pero, entonces, si quiere que todos tengan libertad; si esto lo desea para mil, para cien o para diez hombres que tengan la desgracia de no creer en principio alguno, debe cuidar también de satisfacer las necesidades, las aspiraciones, los sentimientos de esta gran mayoría de la Nación.

Así, cuando el señor ministro probaba la necesidad de dar libertad a esos hombres, no probaba que daba libertad a nosotros los católicos, que no le pedimos nada, que estamos satisfechos. ¿Por qué viene a turbar las conciencias y penetrar en el hogar?

Así es que esa parte de su discurso, que recibió algunos aplausos, no tenía aplicación al asunto que nos ocupa.

El señor ministro ha invocado las prescripciones constitucionales, y se ha esforzado en demostrar que el proyecto está conforme a ellas. Pero, señor presidente, es tan claro, se ha demostrado hasta la evidencia, tan completamente, que se deben respetar las facultades de la Iglesia, que me parece innecesario insistir más sobre ello. Basta leer los artículos de la Constitución. Por las leyes de la nación inglesa, se ordena que el soberano pertenezca a la Iglesia anglicana, como una garantía de que no ha de ofenderla, y que ha de conservar los privilegios y prerrogativas que ella tiene. Lo mismo sucede en la República Argentina. ¿Qué sería si el presidente de la República Argentina obrase en todo, pública y privadamente, como un judío? Sería un contraste, faltaría a sus compromisos; en una palabra, faltaría a la Constitución.

Sé que muchos, llamándose ultraliberales, sostienen que nuestra Constitución es mala. Opinen como quieran. Es muy buena, y se presume buena; porque la Constitución es el pacto, es la base, es la organización, es, en fin, la que da solución a todas las cuestiones que nos dividen. Mientras que la Constitución actual no sea reformada, debemos atenernos a ella y cumplir fielmente lo que ella prescribe.

Recuerdo que un señor diputado sostenía un proyecto sobre creación de obispados, y otro

diputado que lo impugnaba, por ciertos fines políticos, le manifestó su extrañeza de que siendo tan liberal viniera a sostener a los obispos. El señor Moreno contestó: cuando se trate de reformar la Constitución, tal vez haré oír mi voz en ese sentido; más ahora procede en conformidad a la Constitución, que he jurado con lealtad.

Esto mismo es lo que digo, señor presidente. Cuando se llegue a reformar la Constitución en el sentido que lo deseaba el señor ministro, entonces solamente dejaría el proyecto de ser inconstitucional, sin dejar de tener los muchos inconvenientes que he indicado.

El señor ministro decía que yo había defendido a los papas, como si no fuera posible cometieran falta alguna. No, señor presidente; ahí está mi discurso, mi pobre discurso, impreso en todas partes. Dije que la institución de la Iglesia católica, según Guizot, es tan sabia y completa que hasta los mismos papas que habían intentado salir de la órbita de su misión, habían escollado en lo que ella prescribe.

Tampoco he pretendido sostener que los papas sean invulnerables, impecables; como hombre particular, el Papa es como cualquiera otra persona: puede errar, puede cometer faltas. No se me atribuya, pues, que he sostenido que es impecable.

El señor ministro al hacer la historia de los papas, dilatada y minuciosa, hizo mención de un error en geografía. ¿Acaso es geógrafo el Pontífice?

No es, pues, argumento de oportunidad en la discusión. Hizo también la historia del matrimonio, y, francamente, no la he comprendido, a pesar del talento que me complazco en reconocer en el señor ministro.

Que Dios creó el mundo, a Adán y Eva, y luego Caín dió muerte a su hermano Abel. No comprendo, señor, a qué objeto recuerda esto. ¿Es para probar que fué malo el acto de la creación? ¿O ha querido probar que era malo el matrimonio? No lo entiendo. En primer lugar, ¿de dónde sabe el señor ministro que Dios creó a Adán y Eva, y bendiciéndoles, instituyó el matrimonio? ¿De qué libro lo ha sacado? ¿De qué filósofo? ¿De Burmeister? (*Risas*).

No; lo ha encontrado en la *Biblia*, en la *Biblia*, señor presidente, que tiene que reconocer, porque no se puede negar, porque sería ridículo el hombre que se atreviera a negarla; lo ha sacado de la *Biblia*, que Renán mismo dice: es el libro de los libros, la verdadera historia del mundo. Sí, señor presidente, ahí está la verdadera filosofía, y todo el que quiera separarse

de ella tiene que caer en el abismo de la duda, en la confusión de las ideas.

¿Cómo sabe el señor ministro que Dios creó una mujer para un hombre, o un hombre para una mujer? ¿Por qué no habrá creado cinco o seis? ¿Cómo sabe que de un hombre y una mujer salieron las generaciones? De la *Biblia*, señor presidente, de la *Biblia*, solamente, de la *Biblia*, cuya verdad no se puede negar, y a la cual se rinde homenaje, aunque sea involuntario.

No hay, pues, consecuencia en el señor ministro.

Nos decía que en Roma, en Babilonia, en los pueblos judíos se vendía la mujer.

Pero, señor presidente, si justamente todo el trabajo que se ha tomado al hacer esa relación, es a favor nuestro, porque el paganismo degradó a la mujer, la vendía y la compraba; y sólo la consideraba como instrumento de placer, o de capricho, como dije al principio. Eso es el paganismo, y esta gran civilización, a que se refieren los que proponen esta ley.

Viene el cristianismo y dice: «No, señor, la mujer no es esclava, ni es sierva; es la compañera del hombre», y la restablece sobre el trono, donde la formó. Porque hizo al hombre, a la mujer la formó: se esmeró no la creó, la formó; tuvo un cuidado especial al formar la más preciosa criatura. Hablo para los que entienden en esta materia, y es esta la doctrina ilustrada que enseñan los Santos Padres.

No todos lo entienden así. Yo hablo por mis convicciones. *Formavit*, dice la *Biblia*, *no creavit*.

Para establecer la familia en estas condiciones, dió una mujer al hombre, y le dijo: por él dejarás al padre y a la madre.

Y el señor ministro dice: ¿a quién dejaría en aquellos tiempos? «Dejará», dice la *Biblia*, y no «dejó». Son los hijos que van a venir, y es por ellos que se dijo: «por él dejarás padre y madre». Esta es la idea. Y aquí hago notar que de las palabras de Cristo se deduce que esto no es un simple contrato. El señor ministro nos ha probado, según él, que es un contrato. Pero ya dije en la sesión anterior: es un contrato que no es real ni personal, un contrato que dura eternamente. No es sociedad, porque no entra industria, ni capital. Digamos que es un contrato de amor. Muy bien; contrato de amor sublime, no de amor de instinto, ni de amor bajo y profano; de amor que algunos no serán capaces de comprender...

Porque la esposa es la compañera constante, fiel; la madre de nuestros hijos. De aquí proviene el gran progreso del cristianismo, que ha establecido la institución del matrimonio

como base de la familia y ésta como base de la civilización.

Bien; el matrimonio era un contrato especial, necesario para la naturaleza. Era necesario que estuviera como *ab initio*, y que no pudiera ser profanado otra vez. Jesucristo en su bondad lo elevó a la dignidad de sacramento; garantizándolo así de la volubilidad de legisladores que podrían volver a la barbarie. Se ha demostrado que el sacramento fué instituido desde los principios de la Iglesia.

El testimonio citado de los apóstoles y el común sentir de los padres no deja lugar a dudas. Mas es muy oportuno recordar las palabras del Salvador: «lo que Dios unió, el hombre no separe». Sí, pues, lo que el hombre liga, el hombre podría desligar. ¿Cómo unió Dios? Por el sacramento. Al restablecer a la mujer reina del hogar, la unió al hombre con «vínculo» indisoluble.

Todos decimos que somos católicos, y se niegan los principios del catolicismo; se llega a dudar de si es sacramento el matrimonio. Para averiguar esto, no sólo hay que consultar las Escrituras, sino la tradición, que es la fuente que explica la letra muerta, como lo sabe el señor ministro.

Nosotros tenemos la ley, es verdad, pero tenemos que recurrir a la recopilación de las sentencias de la Suprema Corte y a la legislación de los Estados Unidos, para formar autoridad en ciertas cuestiones.

Los poetas tienen sus opiniones particulares; pero cuando quieren elevar sus sentimientos, dice Chateaubriand, tienen que invocar a Dios. «Voltaire es un ingrato: sus mejores inspiraciones las debe al cristianismo.»

Victor Hugo dice: «La fe, en el lenguaje de los cielos; el amor, en el lenguaje de los hombres.»

Todos los que tenemos fe defendemos el cristianismo.

¿Qué es el cristianismo? Es la revelación. ¿Que es la revelación? La revelación es la venida de Jesucristo a fijar la ley y a enseñarnos a cumplirla.

Señor presidente: no hago un discurso, estoy improvisando, hablo con el corazón y desearía llevar el mismo calor a los que me escuchan.

El mismo Renán dice que si en los astros hay hombres, deben tener religión, y que si la tienen, no puede ser otra que el cristianismo; porque esa es la religión natural, conforme a los preceptos divinos.

¿Qué quiere decir «libertad del pensamiento»? «Libertad del pensamiento» es pensar lo

que se quiera; pero no se puede pensar contra lo evidente.

El señor ministro nos dice que ya pasó la época de mandar a la hoguera a los que no creen.

Hay palabras que, por las malas ideas y recuerdos que se les asocian, se hacen odiosas. La Inquisición, por ejemplo, es averiguar, investigar, no tiene nada de malo; pero con las ideas que se le asocian es ominosa, naturalmente.

No solamente en España, sino en otras partes también, los reyes se han servido de estos medios para perseguir a sus enemigos. Enrique VIII, por ejemplo, ejecutaba una semana a los luteranos y otra a los católicos; otras veces decapitaba a sus mujeres. ¿Qué quería con eso? Mandar.

Así también en España, con ese fin se usaba como arma la Inquisición, para perseguir a los enemigos de la religión y del rey.

Léase a Balmes y se verá que los que conseguían apelación a Roma se salvaban, porque el rey sabía aprovechar de esto como un medio político.

Entonces, esto de la Inquisición no tiene nada que ver con la Iglesia, y no se me venga a decir, porque no se puede decir, que haya concilio que sancionara que es bueno y lícito matar a los herejes.

Los cánones del Concilio de Trento han sido respetados por todos los católicos, por pueblos y soberanos.

Lo único que habría que observar son los decretos de disciplina y eso es lo que dice el Papa: en donde no hubiese sido publicado.

El señor ministro ha entrado en algunos detalles para justificar que la autoridad civil reglamente el matrimonio. Por ejemplo, nos ha hablado sobre diezmos. Pero esto de los diezmos, no es dogmático.

Los diezmos han existido y aun existen en ciertas partes, por conveniencia. Han tenido su época.

En Inglaterra, los obispos cobraban diezmos hasta hace muy poco, y en Austria están por suprimirlos.

Nosotros, como recién nacemos, y hemos formado nación, podemos desprendernos de estas preocupaciones y escoger algo mejor; pero, en aquellos países el diezmo era una contribución a la cual estaban acostumbrados.

Nosotros no cobramos diezmos, pero, en cambio, establecemos otros impuestos con otros nombres; lo que viene a ser un recurso más cómodo.

Se dice que existiendo un cura, aunque no tenga voluntad, habrá matrimonio. Es que no

tiene más papel que el de testigo autorizado; basta que conozca qué dificultad hay, para que comisione a otro clérigo para presidir ese acto.

Esto no tiene nada de particular y sucede en ciertos actos civiles.

Cuando un escribano, por sus muchas ocupaciones, no puede desempeñar las funciones que le están encomendadas, comisiona a otro escribano. Lo mismo hace un cura o un obispo: facultan a otro clérigo para que los reemplace, y en esto no puede haber inconveniente.

Se dice que el matrimonio se verificará delante de dos testigos: no dice «inhábiles» el texto del Concilio.

Los testigos son los padrinos, personas respetables por su edad y posición que son generalmente los padres, tíos o abuelos de los que contraen matrimonio. Entonces estas personas no pueden considerarse inhábiles para ser testigos.

Yo he visto en algunos pleitos sobre divorcio, tacharse todos los testigos por las reglas generales de derecho, porque los textos del derecho canónico, dicen que serán de buena fama.

Más, señor presidente: en el Código de las Recopiladas, y la Ley de Partidas, que son bastante notables, bastante importantes, se admiten como testigos a los infames por delitos de lesa majestad, y aun encontramos que a estos infames se les debe hacer purgar la infamia con el tormento antes de tomarles declaración. Pues, señor, parece que en el tormento van a dejar la infamia, como la serpiente deja sus horrores despojos en las espinas de las zarzas.

Entonces ya van a ser iguales. Y esto no es extraño, son las épocas; todo eso ha caído en desuso, todo se modifica, y eso no es motivo para atacar una institución tan seria y, sobre todo, para penetrar en la conciencia.

Ahora, se objetaba que se admiten los parientes de los testigos. Sí, señor; he visto en dos folletos que hasta los mismos que favorecen el matrimonio civil, los admiten, porque realmente hay razón. En esta materia los parientes conocen mejor los grados de parentesco y tienen más interés en que sea buena la unión, en que no sea nula. En esto no hay inconveniente; se respeta por todos y nadie critica.

Pero el señor ministro insiste mucho sobre la libertad que se proyecta.

Señor presidente: la libertad siempre sube de abajo, no viene de arriba; sería muy raro, y lo raro no lo admito, humanamente hablando. Ahora, del cielo sería otra cosa; pero no hablo del cielo, hablo de otras alturas. *(Risas)*.

Generalmente viene de abajo. El pueblo está pidiendo libertad, con razón o sin ella; algunos

demagogos alborotarán pidiéndolo, puede ser; pero, es de abajo que sube la libertad, de arriba viene la orden: no se mueva nadie, así estamos bien; no se mueva nadie, vamos bien, vamos bien!

Así es que me sorprende este proyecto, realmente me sorprende, y me está tocando.

Libertad, ¿para quién? Para unos pocos. ¿Y para los católicos? Qué les vamos a dar! (*Risas*).

Señor presidente: yo quiero que la libertad la conozca todo el mundo, y que la sientan, que sea una luz que hiera la vista. No puede teorizarse sobre esto. Todos sentimos una cosa agradable, y cuando no nos gusta, no hay mucha libertad. Ahí están sobre la mesa millares de firmas, de las personas más distinguidas, que piden libertad. No faltará quien aplauda el proyecto: fácilmente se comprende.

Señor: Gladstone, en su juventud, equivocadamente sostenía en un artículo que al que no tuviera la religión anglicana no debía concedérsele empleos ni se le debía dar grados. Fué refutado, y, felizmente, como hombre de bien, fué aprendiendo, como decía el doctor Vélez. En sus últimos años ha aprendido y ha sido liberal, y se va a hacer célebre, ilustre, sólo por tratar de libertar a esos católicos desgraciados de Irlanda, que están oprimidos.

Está bueno que se trate de dar libertad, pero no de quitarla.

Litré defendía la libertad de enseñanza, y se le hizo presente: «Mire usted, señor, que van a salir favorecidos los católicos, porque todo el mundo va a mandar sus hijos a las escuelas católicas. —Ojalá, contestó él; soy radical, y, si salen favorecidos, que salgan: si cala padre que cuida por el interés de su familia los manda, que los manden.»

Eso es ser liberal.

Perfectamente. Pero esta ley... (!) Yo he visto el caso de una joven que se casa religiosamente y va al registro civil y se casa civilmente. Muy bien. Viene una duda sobre el matrimonio, y ¿quién decide? El juez eclesiástico dice que está casada, y el juez civil dice que no está casada. ¿Qué se hace entonces?

Pero, es que esta joven se queda casada y sin marido, y el otro, que no se cuida tanto de religión, va y se casa con otra.

Dice el señor ministro que esta libertad la han aplaudido los diarios. Está bien; pero ¿quién le ha pedido esta libertad?

Nos hablaba el señor ministro del matrimonio rato. Estas cosas muy sutiles no las entiende todo el mundo, y habrá alguno que diga: es una cosa particular, maravillosa. ¿De dónde habrá sacado eso el señor ministro?

El señor ministro es muy capaz, es muy instruido; pero no son cosas que deben sorprender. El matrimonio rato que se disuelve en un caso dado, no es, como lo ha asegurado, que tenga por objeto aumentar los frailes y las monjas. No, señor; la razón que se da es porque realmente es una cosa poco común, y no es negocio que se esté haciendo y deshaciendo el matrimonio; y entonces se les exige que entren en una regla más estrecha, no clérigo suelto que vaya a hacer lo que han hecho algunos por ahí; que entre a un convento, que esté bajo la vigilancia de una regla que se supone más sujeta.

Tan cierto es esto, que el señor ministro no habrá visto ni oído en toda su vida un caso de esos, ni yo tampoco. (*Risas*).

¿Cómo se aumentan las monjas? No hay un caso que demuestre que el número de monjas se ha aumentado con eso.

Entonces no es eso.

Como he dicho, es para hacer lo más difícil que entran en un convento de regla más estrecha, y ese mismo impedimento que dice el señor ministro es de fácil dispensa, y como no ha citado ningún caso, no puede decirse que se ha probado nada; más todos los cánones establecen que es *in fine ecclesiae*.

Ahora, respecto a esa explotación de que se supone autor al clero y de que ha hablado el señor ministro, yo he visto que hay mucha exageración: suena en la atmósfera, es cierto, hay de todo; pero yo he visto casos en que ha sucedido lo contrario, y citaré una acción del señor provisor Vázquez, que murió en Córdoba, a fin de honrar su memoria.

A este señor acudió un señor Manuel Lastra, que trataba de casarse con una señorita Fragueiro, su cuñada. Pidió dispensa como correspondía, expuso las razones, las causas; había una gran sociedad en la casa de los señores Fragueiro. En fin, se dió la dispensa y el señor Lastra, se lo he oído a él mismo, fué a ver al provisor Vázquez. —Señor, ¿cuánto debo? —Nada. —¿Cómo nada? —Nada, señor. —Pues otros cobran. —No sé lo que hacen otros: yo le digo a usted que no debe cosa alguna.

Así conozco muchos. Ya he dicho, no todos; pero, hay algunos.

No para sincerarme, sino para robustecer mis palabras ante los que no me conozcan, que no serán muchos, debo dar una explicación. Yo estuve en el Congreso de Paraná con el señor ministro, y como la frase del señor ministro podría indicar alguna equivocación, debo decir que yo no fui miembro del gobierno de Paraná cuando aquella cuestión; yo era diputado.

Están las actas. Me opuse ardientemente; y, combatiendo al señor Lucero, que era el principal defensor ministerial, conseguí levantar la opinión. Ardientemente estaba en contra. Yo fui después ministro.

Señor: debemos a la Nación la manifestación de nuestras ideas. Pues, señor, tres días antes de ser ministro fui a la Cámara y me llamó el señor Gil Navarro. Vaya a que lo comenza el señor ministro. Le contesté: ¿A mí? ¿Convenirme? —Es que, me replicó, si usted vota en contra, tal vez nombrarán ministro a un enemigo. —Si no soy nombrado, verán que muy poco me importa un ministerio, ante el deber. Si fuere nombrado, se vería que era sin embargo de haber votado combatiendo al gobierno.

A los pocos días, «El Nacional Argentino» decía: «Si os decimos que ayer un diputado votó en contra del ministerio y que hoy es ministro, diréis que es mentira.»

Ahí está la colección de «El Nacional Argentino». Puede verse.

El señor ministro ha dicho muy bien: desde que tuve el honor de ser su profesor, siempre le he aconsejado distinguir lo que es el clero, lo que es la sotana, lo que es el incienso, de lo que es la religión; y en toda mi conducta pública y privada se ha visto que sé hacer esa diferencia.

Pero, señor, estando en una posición pública, se ofreció una denuncia contra un eclesiástico seductor. De acuerdo con el vicepresidente se tomó una medida en forma legal de extrañamiento, y el nuncio señor Marino Marini fue a empeñarse conmigo, invocando la religión.

Convénzame, le dije: si no me conviene es inútil. Entonces ocurrió al vicepresidente. Este creyó hacer política. Me llamó: «Es preciso cederle a monseñor, porque tiene mucho influjo con el general Urquiza.» ¿Qué me importa a mí del influjo que tenga? Yo no le voy a pedir nada, le contesté. Disponga vuestra excelencia. Yo no firmo, si no me da la razón. ¿Por qué, señor? Y no se revocó la orden, y el padre ese, que había sido un tenorio, fue expulsado.

Esto, señor presidente, me permito manifestarlo, para que no se me crea clerical, ultramontano. No, señor! He de defender a los eclesiásticos y a los sacerdotes en el confesionario, en el púlpito y en el altar; allí están en su derecho; pero, no quiero que se metan a caudillos ni a comandantes, ni que se mezclen en política. Los he combatido, cuando se han precipitado por la ambición.

El señor ministro insiste mucho en que el

matrimonio es un contrato. No existía el sacramento en la ley antigua; existían figuras de sacramento. Así, los sacrificios de la misma eran figuras de eucaristía.

Los que son creyentes no exigen ni dicen si es sacramento el matrimonio; es contrato y, por consiguiente, es muy fácil que no haya inconveniente en aplicarle la ley civil. Pero, ¿y los católicos que tenemos decisiones dogmáticas de que es sacramento? Aquí entra la duda. Por eso he dicho que en lo civil, todos los intereses quedan a disposición del juez.

Se dice que el codificador no tuvo acierto. Todo puede ser mejor. El código es una gran cosa. No se citará un solo disidente que por el código le haya sido imposible casarse. Es necesario considerar la oportunidad en que se dictó. Puede hacerse mejor. Todo es perfectible; pero, eso prueba que era indispensable dar alguna ley a los que no tienen creencias. Esto no prueba, sin embargo, que sea necesario aplicarle la ley a los católicos, porque éstos ya tienen su ley. Así, toda la fuerza del argumento del señor ministro, de que era necesario establecer esta legislación, se desvanece por completo. El contrato existe; muy bien. Se eleva a sacramento. ¿Qué es esto de elevar a sacramento? ¿Qué es el sacramento del matrimonio? Es el símbolo de la unión de Cristo con su Iglesia; no puede ser cosa más grande. Y, ¿qué hace el sacramento con el matrimonio? Lo diviniza, lo levanta. No quiero, dijo, que vuelva al paganismo; no quiero que vuelva al dominio de los reyes que son propensos a los desórdenes del serrallo. Quiero que este vínculo quede libre de todas sus vacilaciones, y por eso lo hago indisoluble. ¿Quién une a los cónyuges? ¿Los hombres? Sería un simple contrato.

¿Quién los une? ¿Los une Dios!

Entonces viene bien el dicho de Cristo: «Lo que Dios une, no se puede separar.» Ni el Papa lo separa. Nadie.

Por eso Napoleón ocurrió al Papa, pidiéndole que separara a su hermano Jerónimo y no lo consiguió, y, cuando quiso divorciarse de Josefina, ya no ocurrió al Papa. Entonces trató de declarar nulo el matrimonio, de probar su ilegalidad, más no pidió divorcio. Algunos prelados franceses complacientes le sirvieron a sus miras.

Voy a los inconvenientes prácticos.

Este proyecto viene a desnaturalizar el matrimonio sacramento, es decir, la base de la civilización cristiana. Y esto, ¿por qué? Porque los reyes y los emperadores querían mezclarse en todo; querían tener concilios; poco

a poco querían ser todo: querían ser iguales al Papa!

Yo mismo lo he dicho: por defender una cosa buena, no hay que defender otra mala. Ha habido papas que se han excedido. Sí, señor. Ha habido papas que han tenido espuelas; pero también ha habido reyes que han querido ser papas. A Napoleón lo querían hacer Papa; pero, un hombre con espuelas y espada, y dando batallas, sería soberanamente ridículo! Efectivamente.

Bien: este matrimonio, de suyo, lógicamente trae la disolución del vínculo, el divorcio oficial; va a producir la inquietud en las familias.

La mujer que se entrega a un hombre que le promete amor toda la vida, en cada momento de felicidad, de prosperidad del marido, sufrirá una nueva inquietud. ¡Cosa rara! Pero todo se armoniza así en la naturaleza, para impedir los males. No estoy haciendo teoría.

Josefina estaba casada con Napoleón. Ganaba una batalla Napoleón: malo, no le parecía bien; cada triunfo era para ella una amenaza. Subió a cónsul: muy malo! Fué nombrado emperador, y: «Adiós! Este hombre se me va!»

Y ¿qué sucedió? Que se le fué y la dejó.

Entra un soldado en el ejército; se distingue; es buen mocito; tiene buena letra; adult al coronel, y empieza a subir; y con sus ascensos a inspirar temores a la mujer que lo acompañó en sus malos tiempos. Sigue subiendo. Llega a capitán: galones! Llega a coronel: más galones! Ya se avergüenza de presentar a su mujer, su fiel compañera! Sí, pues!

Y, entonces, hace que se divorcie; que ella pida el divorcio; porque sino, ¿qué le sucede?

Lo pasaría muy mal! (*Aplausos*).

Sí, señor presidente: las madres a quienes les es violento desprenderse de sus hijas ahora, cuando se casan, ¿qué harán mañana, cuando tengan que entregarlas a un general, a un presidente? Y, ¿cuántas habrá que estarán pensando que el presidente las va a ir a buscar? (*Risas*).

Vamos a lo práctico. Es necesario conocer nuestra campaña. En ella sucede lo que ha sucedido en Francia hasta los tiempos de la revolución y que ha sido observado por todos. Nuestros paisanos han sido siempre religiosos, porque no se puede sofocar la conciencia. Mientras más se la oprime, más se levanta: es como los émbolos de las bombas.

No se puede romper la conciencia.

Yo digo francamente: soy amigo del presidente y le sostendré en cuanto pueda.

No es un misterio.

¿Y se va a conmover la sociedad, pregunto? No habrá guerra, no habrá revolución.

Está bien; pero, a uno que manda no le gusta ver malos rostros. ¿A quién le gusta ver malos rostros? ¡Ni el del sirviente!

Se dice: la fortuna es ciega, es caprichosa. No es ciega. La fortuna, decían los antiguos, es la diosa que dispone de las cosas. Favorece por capricho a los jóvenes.

Ellos eran los ciegos. Los católicos decimos: es la providencia. La providencia, que tanto ha favorecido a los pueblos, y que tanto nos ha favorecido a nosotros.

La fortuna favorece a los jóvenes. ¿Por qué?

Porque cuando aspiran son muy generosos. Así era Napoleón, así era César, así son todos los aspirantes.

El aspirante visita a todo el mundo, y anda del brazo hasta con los changadores. Y después... cuando sube... ¡cuando sube...! Ah! Entonces ya es otra cosa! ¡Allí va! En globo! El pueblo para él es pequeño. Y después cuando está en el balcón, los aplausos nutridos, antes que haya hablado. ¡Si no ha dicho nada! Aplaudimos lo que va a decir... (*Risas*).

Pero, señor presidente, a la juventud siempre le parece que los viejos no progresan, que no han inventado la pólvora. Es preciso que se reconozca que es necesario que haya jóvenes que maduren y viejos que sean jóvenes.

Señor presidente: no ha habido pueblo que no haya tenido religión. En todas partes y en todas las situaciones, en la adversidad y en la prosperidad, la religión es el moderado. El joven, impaciente, quiere marchar precipitadamente; pero, no, la experiencia viene y le demuestra muchas veces que la celeridad no es precipitación. Es preciso marchar con discreción, con la cabeza serena.

Y, como es preciso contestar a una observación de esas que no se manifiestan, diré esto. En Montevideo había un círculo de jóvenes argentinos, pensando en libertar a su patria, y en regenerarla. Por supuesto, la adversidad mejora al hombre; porque cuando es perseguida una religión o una secta, entonces todo lo que es especulador sale de esta secta y queda un núcleo pequeño de hombres íntegros. Entonces se acredita y entonces reacciona, reacciona con violencia. Esto ha de suceder ahora. Todo lo que sea especulación, ha de salir; pero ha de quedar algo bueno, y el sentimiento nacional ha de reaccionar, espero, como en otras partes, en Portugal, en España.

A nosotros nos ha gustado esto de reglamentar, de hacer sentir nuestra mano civilizadora, y ya nos hemos ido más allá de lo necesario, Ya hemos arreglado los extranjeros.

—Arreglemos los católicos.

—Pero, señor, si estamos bien!

—No, señor, los hemos de arreglar... (*Risas*).

—¿No ven que es higiénico?

—No, señor, no lo vemos.

Ahora se critica que la Iglesia ha señalado doce o catorce años.

Es que es preciso poner un término. La Iglesia no manda casarse a los doce años; permite casarse a los doce años.

Bien, el señor ministro dice que es muy tirano y pregunta: ¿por qué no se pone catorce años? Yo le digo: peor sería que lo permitiera a los diez. Permite casarse a los catorce años. Ahora queda a la discreción y prudencia de las familias... y la familia hará que se demore un poco... de modo que se case a los dieciocho. Y, si no se puede demorar... que se case! (*Risas*).

Señor presidente: Estos jóvenes que estaban en Montevideo aleccionados por la desgracia, — pues en esos momentos el hombre grande eleva su corazón al cielo y el hombre pequeño se arrastra y va a aturdirse, a embuteecerse con licores, o con mujeres degradadas — aleccionados por la desgracia, digo, propusieron como base de la sociedad, de la legislación social, la religión cristiana. Los señores Alberdi, Mármol, Frías, Domínguez, Echevarría (¡qué nombres! ¡Con gusto los pronuncio!) y dos ancianos, que habían sido sacerdotes, y que habían dejado el hábito se sonrieron con desprecio. A. y P. ¿Para qué los voy a nombrar? Sí, señor. Tan cierto es que no son los viejos solamente los religiosos; y los que son capaces de abrigar sentimientos grandes y elevados.

Sí, señor. El cristianismo ha civilizado al mundo!

He oído algunas veces ponderar como una gran máxima ésta: «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti.» Apláudanla los aplaudidores. Eso se parece a un árbol que no da espinas, pero que tampoco da frutos. No es del cristianismo esa máxima. El cristianismo manda amar al enemigo; no sólo hacerle bien, sino amarle, y no dice que se dé limosna al pobre, de lo que no necesitamos, sino darle de lo que es necesario para nosotros.

Y eso, ¿qué ha producido? Que los países, aun los que no son cristianos — como el sol, cuando está nublado trasmite su luz a través de las nubes — hayan percibido la luz que di-

funde el cristianismo. Y si el cristianismo ha ido difundiéndose, lo ha hecho como la aurora, que poco a poco va coloreando las nubes, precursoras de la gran luz del sol que lo ilumina.

Señor presidente: todo el mundo conoce la época aciaga porque atravesó la República. No quiero entrar en detalles, porque no hay objeto. Y bien, señor, he presenciado con gusto a las madres de familia y a las hijas en aquella época participar de las pasiones de sus maridos o de sus padres — porque los intereses se ligan y la política se reduce a intereses y en política nadie se convence. Pues bien, no he conocido una sola señora que pidiera venganza, que deseara el mal para otro; al contrario. ¿Por qué? En su pobreza han cuidado, han amparado, y se han cotizado para formar una cantidad de dinero, facilitando al proscripto la evasión a Chile.

¿Qué significa esto? ¿Quién ha hecho este milagro? El altar!, por medio de eso que algunos llaman fanatismo, y que yo llamo gran piedad, que obliga a toda mujer a ser decente, pues para ser decente debe ser religiosa; porque la religión fija los principios.

He visto hombres una vez entrar a un baile, furiosos, gritando muerte contra los del partido vencido: hombres desalmados... irregulares; las señoras que estaban presentes, se agruparon desviándose de ellos, manifestando el espanto y horror, como tímidas palomas al estallido del rayo. Esos hombres no volvieron a presentarse en el salón.

Así es la mujer inspirada por el cristianismo.

Hemos visto, cuando ha habido revolución, a todas ellas ir a los templos. ¿Llamaremos a esto preocupaciones? ¿No inspira esto respeto? Dejémosles siquiera un asilo, un altar a nuestras esposas, a nuestras hijas.

Para dar libertad a los que no tienen creencias, no es necesario quitarla a los que las tienen.

El señor ministro citaba las leyes españolas, Las Partidas, la Novísima Recopilación, las disposiciones de Carlos III, todas dicen: y respétese siempre el vínculo; — es lo que yo he propuesto, — respétese el vínculo, nada más; llévense los intereses, llévense todo; pero déjenme el vínculo.

Bien; si las leyes españolas se citan, yo las acepto.

Es cierto, se ha legislado sobre eso; pero no disputando la autoridad. ¿Qué novedad es esta? ¿Para que viene esto?

Ahora se habla del Papa, de la influencia

del Papa, y se dice que destronaba porque no llevaba las armas, aunque es probable que algunas llevaba; pero hacía que fueran otros, y con ventajas recíprocas, naturalmente.

Pero esa misma influencia moral que dice el señor ministro, ahora no es tanta, no hay peligro absolutamente.

Se teme el conflicto. Entonces cúmplase la Constitución; hágase el concordato. Pero, ¿se ha hecho el concordato? ¿Y por qué no se hace? ¿Es absolutamente imposible? Es indispensable.

El señor ministro dice que he defendido a los papas. Yo no traté de defenderlos cuando hablé de ellos, y me parece que no se desprende eso de lo que he manifestado.

Le dije: ¿por qué no presenta los obispos al emperador de Alemania, por qué los presenta al Papa? Porque no es un extraño: porque no es una potencia extranjera: es una autoridad espiritual, que lejos de servir de mal sirve de bien, porque civiliza, porque moraliza; porque alguien ha de defender la moral, aunque sea como filosofía: se admitiría una academia, un cuerpo respetable, como sucede en la tierra toda.

Ahora, hablando políticamente, señor: ¿los hombres son infalibles? Sí, señor. Yo sé, por ejemplo, que existe París, y no lo he visto nunca. Y eso, ¿cómo lo sé? Porque me lo han dicho los hombres, porque así es preciso que sea la naturaleza, porque de otra manera no se podría vivir. La reunión de todos los hombres hace su testimonio indefectible; aunque particularmente sea éste falaz.

Sí, pues: si hay muchas cosas malas, las hay también buenas.

La Corte Suprema suponemos que es infalible — no es infalible — pero necesitamos suponerla infalible: ahí está infalible, es necesario, se siente la necesidad.

Pensaba en esta observación que se hacía al *Syllabus*. En primer lugar, el *Syllabus* no es dogma. Hay distintas maneras de condenar las opiniones: unas son malsonantes, otras son errores, y por último, hay doctrinas que se oponen a los dogmas de la Iglesia; estas últimas son las que se dicen heréticas, y las únicas que reciben anatema.

Bien; en el *Syllabus*, por ejemplo, se condena la proposición que dice que el matrimonio no es indisoluble por derecho natural. Yo lo he sostenido en mi academia. El señor Cortés rindió un brillante acto público; yo era cate-drático. Es indisoluble por derecho natural;

pero, francamente, señor, no se puede probar; hay razones fuertes, pero no es evidente.

Es preciso ser franco, y entonces lo más que se puede decir es que es consecuente a la naturaleza, no esencial.

Y viene el *Syllabus* y condena. ¿Qué sucede? Es que tenemos dos luces. Es que tenemos la razón, como tenemos la razón, como tenemos la fe. Y la fe viene a completar; le da el objetivo, y sabiendo dónde está el punto, procura llegar a eso, y hay armonía entre la fe y la razón.

¿Qué ha sucedido con el matrimonio? El señor ministro, sin reconocer su importancia, ha sostenido el acierto de poner indisoluble el matrimonio. ¡Y así lo dice el cristianismo!

Perfectamente.

¿Y eso se puede probar al señor ministro de un modo matemático? No, señor. Pero viene Cristo y lo fija. Cristo ha salvado el matrimonio, Cristo ha salvado el mundo!

Bien; sobre los peligros que puede tener esta dependencia del Papa, ¡y qué sé yo!, no se puede discutir mucho, porque cada uno discrepa; y cuando habla el señor ministro algunos creerán que tiene razón, y los que simpatizan con mis ideas creerán que es bien dicho lo que digo. Así es que voy a citar hechos que, por haber tenido lugar, tendrán más fuerza.

Napoleón estaba rodeado de gloria, como ha dicho el señor ministro, no solamente de la gloria militar, sino de la gloria como legislador: como legislador era hombre notable, se preparaba, estudiaba, meditaba. Perfectamente.

Sin embargo, no faltó quien le dijese que se hiciese jefe de la iglesia independiente, de la iglesia francesa, como el rey de Inglaterra lo era de la iglesia inglesa. Y así lo venían mareando: lo querían hacer un sultán, jefe de los ejércitos, jefe de la iglesia, jefe del Estado, jefe de todo; lo venían minando tal vez, y él lo comprendía.

No; sería ridículo; yo Papa, un hombre con espuelas!

Si hubiese admitido, estoy seguro que va al Congreso mismo con espuelas. Naturalmente.

Tengo aquí una cita, pero leeré solamente las últimas palabras, para no molestar más la atención de la Cámara.

«Sí, decía el primer cónsul, es cierto que necesito un Papa; pero quiero un Papa que reconcilie en vez de dividir; que reuna en vez de separar, y que amalgame los ánimos y les dé un gobierno nacido de la revolución, en pago

de la protección que de él obtenga, y para esto necesito un Papa, el verdadero Papa, católico, apostólico, romano, el que reside en el Vaticano».—Por si alguno duda, señor presidente.

Y no se crea que ha sido menos avisado que nosotros, porque estaban Laplace, Lagrange y, sobre todo Monge, que decían: «Usted va a humillar la dignidad de Francia y del siglo ante la corte de Roma. — No, hombre, dejamos esas cosas. No es cierto. ¡Si ese poder espiritual no domina nada!»

Me parece, señor, que si Napoleón, que era tan ávido de poder, como se ha dicho creía que no se humillaba, nosotros que estamos acostumbrados, y profesamos ese credo, no podemos es-

tar humillados. Así es que ese argumento desaparece completamente como he dicho.

Este proyecto puede pasar como han pasado otros; pero, yo espero que con el tiempo las ideas reaccionen; y si se sanciona hoy, se reformará más tarde.

He dicho.

Sr. Pizarro. — Pido la palabra.

Sr. del Valle. — Podríamos levantar la sesión.

—Suficientemente apoyada esta moción, se vota y se aprueba.

—Eran las 6 y 30 p. m.